ELIAS CASTELNUOVO

TINIEBLAS

(PREMIO MUNICIPAL 1924)

LOS NUEVOS

BUENOS AIRES

Ibero-Amerikanisches
Institut
Preußischer Kulturbesitz

intranda viewer

Ibero-Amerikanisches Institut Berlin
204012972405

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

TINIEBLAS

Premio Municipal 1924

Ibero-Amerikanisches
Institut
Preußischer Kulturbesitz

intranda viewer

ELIAS CASTELNUOVO

TINIEBLAS

LOS NUEVOS
BUENOS AIRES, 1924

EDITORIAL CLARIDAD

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

A 15
3190

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

TINIEBLAS

Nada hay encubierto que no haya de ser manifestado; y nada oculto que no haya de saberse.

Lo que os digo entre tinieblas decidlo a la luz del día y lo que oís a la oreja predicadlo desde los tejados.

Y el que tiene oídos para oir, que oiga.

(*Sagradas Escrituras*).

Hace muchos años que trabajo en el mismo taller. Es un sótano inmenso, húmedo y frío, donde la luz no llega directamente y donde el sol no brilla nunca. Las paredes están sucias y manchadas y el alumbrado artificial envuelve en un sudario de muerte las cajas, los estantes y el esqueleto de las maquinarias. El aire, denso, pegajoso y deletéreo, carga la atmósfera de funestos venenos. Una cuadrilla de obreros hurgan las cajas y arañan el teclado de las linotipos, sumergidos a diez metros bajo el nivel de la calle radiosa.

El plomo está en constante actividad, se adhiere a la piel y pasa en forma de cloruros al torrente circulatorio, o sino invade las mucosas interviniendo como jugo en la digestión, o sino se instala en los pulmones...

De cualquier manera que sea, el aspecto de mis compañeros, es miserable y triste. Su palidez está salpicada de sedimentos grisáceos y puntitos de plata y en todos sus ademanes sobrios trasciende una tiesura mortuoria.

Un olor especial, feo y desagradable, mezcla de tinta y grasa, de trapos sucios y antimonio derretido, nos acaricia la garganta durante ocho horas largas y eternas.

La alegría de vivir está desterrada del taller: aquí se respira el estaño de la muerte.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

En invierno se nos ponen los pies duros de frío y la nariz roja; en verano sudamos como si estuviéramos hundidos en el infierno de una cámara turca. Arden continuamente veinte crisoles, crugen las poleas, saltan los tapones y las linotipos, no se detienen más que para seguir marchando. Se oye el tintineo de muchos tiembres gastados y la canción lúgubre de las matrices que bajan atopellándose o se desprenden de la barra sinfín sobre el vientre de los almacenes.

Mi máquina se interrumpe con frecuencia. Cuando esto sucede hago un poco de saliva y grito con una voz ronca que a *mí mismo* me resulta antipática:

—¡Se paróooo!...

Entonces, el mecánico, se aproxima malhumorado, mira aquí y allí, sacude el empujador con violencia y pone otra vez el vehículo en marcha.

La armonía del conjunto puede decirse que no se interrumpe nunca, porque cuando salimos nosotros, entran otros y cuando se van éstos, volvemos a entrar nosotros.

Todos los rostros de las cuadrillas que entran y salen están igualmente, mortalmente demacrados y ojerosos. Cualquiera, creo yo, en semejantes condiciones, agota las reservas y acude a los estimulantes. La mitad del personal tiene la dentadura negra del tabaco, la otra mitad los ojos deformados por el alcohol, y todos, absolutamente todos, sienten la tristeza de vivir una vida tan tenebrosa.

Para rematar el agotamiento que produce esta atmósfera espesa y viciada, las rotativas, de vez en cuando, golpean furiosamente el tímpano de los trabajadores. El día que funcionan dos, salgo con un dolor agudo en la nuca que no me permite doblar el cuello con soltura. Siento ,además un martillo que me sigue pegando en un punto fijo del cerebro y de noche, en vez de descansar sueño que compongo — dale que te dale — hasta que me despierto jadeante y fatigado. Cuando ocurre que funcionan los tres monstruos de dos pisos, el embrutecimiento de los obreros llega a su punto máximo; se experimenta una sensación de vacío tan grande en la cabeza que los músculos se aflojan como si el cuerpo estuviese bajo la atracción de un abismo imaginario.

El maquinista, apostado en el segundo piso de la rotativa, se comunica con sus ayudantes mediante una bocina de cartón. Ajusta

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

las tuercas, gradúa los cilindros y corre sobre el puente, desmelenado, dando la impresión de un capitán a quien se le está yendo el barco a pique y que, a pesar de todo, conserva la serenidad y procura salvar las bobinas de papel que naufragan...

En medio de la obscuridad y del escándalo, se destacan cien cabezas abigarradas: algunas cuarteadas de arrugas, otras calvas, otras sucias y grasientas. El resoplar de las máquinas es acompañado por el resoplar de los obreros en un contrapunto insoluble, vago y desesperante.

A veces se quema la lamparita que ilumina el teclado y el original queda sumido entre las sombras. Entonces me doy vuelta sobre el asiento y grito con voz fatigada:

—¡Luz!... ¡Luz!...

* * *

La fundición está pegada a los talleres gráficos. Allí se cuelan diez diarios, de los cuales, ninguno merece, por cierto, el sacrificio de tantas criaturas humanas. Cinco hombres sudorosos y anhelantes, soplan, carraspean y aspiran plomo sobre una olla plutoniana, que hierve a setecientos grados. Vierten el líquido irritado sobre un molde donde cuaja inmediatamente en cristales nítidos y relucientes y sin esperar que se enfríe lo llevan rápidamente al torno. Caliente todavía, palpitante, se lo rasquetea y pule. Las virutas saltan bajo la incisión del escoplo y siembran el suelo de minúsculas estrellas y asteriscos de plata. Tres muchachos esmirriados derraman cataratas de sudor sobre aquellas letras flamantes, que, a lo mejor, hablan de "la vida sana y saludable de los campos". Después, se tiran en cualquier rincón, lejos de la hornalla y se exprimen el sudor con trapos ennegrecidos y malolientes, permaneciendo boca abajo para amortiguar los espasmos de la fatiga.

Si en estas circunstancias, el ventilador se detiene, los muchachos se asfixian de calor y manotean sobre las baldosas como ahogados; tosen con la garganta seca, alzan los brazos penosamente y llaman al mecánico:

—¡Aire!... ¡Se paró el ventilador!... ¡Aire que me ahogo!

En este laboratorio nebuloso se va empastando mi espíritu. Puedo dar gracias a Jesucristo que me puso en el taller y no en la fundición; los fundidores tienen los días contados, mientras que los

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

linotipistas logran prolongar su agonía hasta los cuarenta años. Puedo darle las gracias, también, por haberme designado para formar parte de la cuadrilla diurna; los que trabajan de noche se *enferman más pronto y se les llena más pronto* el alma de tinieblas.

De día o de noche, ninguno conversa: el ruido de las máquinas sustituye la conversación. Se conversa por dentro. Yo me abstraigo del original y converso conmigo mismo. Creo que todos hacen otro tanto. Me pregunto cómo he podido cumplir veinte años sin haber hecho otra cosa que trabajar y comer y dormir... Me pregunto muchas cosas, *pero no tengo tiempo de contestar* a ninguna y sigo tecleando. Cuando largo el trabajo estoy tan atolondrado de haber leído tanto, que no encuentro la suficiente tranquilidad como para ponerme a hacer un análisis de conciencia. No sé como empezó mi vida ni sé cómo terminará; tampoco sé cómo vivo... Mis recuerdos son vagos y mis pensamientos carecen de precisión. Sé que hace mucho tiempo que voy repartiendo mi vigor físico de taller en taller. *Los pocos amigos que tenía los fuí* suprimiendo paulatinamente hasta quedar solo. Todavía no he conocido una mujer, no se propiamente lo qué es una mujer.

Noto que mi cabeza está parcialmente ocupada por los manuscritos que compongo: pienso, en cierto modo, con el cerebro de los periodistas, o mejor dicho, éstos me obligan a pensar con su cerebro. Y esto no está bien. Yo no vivo para mí, y aunque no me lo confiese, *no vivo, tampoco, para los demás.*

Estoy como un presidiario condenado a cadena perpetua que espera, sin embargo, recuperar un día la libertad. Aunque la alegría de vivir naufragó tempranamente en mi cerebro, creo que Dios no me dejará morir llevando a la tumba esta impresión horrible de la existencia. No, no, yo confío que alguna vez me indemnizará con algo extraordinario de todos los males que he sabido soportar con *resignación de piedra durante mi tránsito* por el mundo.

Desde el momento en que conservo intacta la fe, es, sin duda, porque él se acuerda de mí. Cuando estoy rendido sobre la silla, encorvado por la fatiga, dolorido aquí y allí, siento una mano invisible que me toca las espaldas y una voz suave que me dice:

—Aguarda... hijo mío...

* * *

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

Me cambiaron de turno. Tengo que ir de noche: entro a las siete y salgo a las tres de la mañana. Abandono el taller que es una tumba y entro en la ciudad que es un osario... A esas horas, Buenos Aires está poblado por fantasmas de carne y hueso y siniestras apariciones de cuatro patas... A lo largo de las calles silenciosas, los arcos voltáicos sueltan resplandores lúgubres sobre la paz de los adoquines dormidos... Algún viejo mendigo husmeando en los tachos de la limpieza pública, alguna vieja espectral tirada sobre el escalón de una casa o algún vagabundo astroso y melenudo, silbando algo que él mismo no comprende, es cuanto encuentro en el camino antes de llegar a mi pieza; perros demacrados y tipos "fin de raza"... Afortunadamente vivo en una barraca grande y sombría que si bien amenaza derrumbarse por el momento me permite vivir solo, dormir tranquilo, y leer sin que nadie me interrumpa.

Mi pieza es fea, despintada, pero limpia. Podía muy bien acoger a unos cuantos de esos pobres vagabundos que no tienen seguramente dónde dormir.

Al pasar bajo el primer puente del Once, encuentro una mujer de luto, hecha un ovillo, que más que criatura humana, parece un envoltorio de basura. Esta mujer, a quien no he podido ver el rostro, constituye mi única preocupación desde que pongo los pies en la calle al salir del taller. Dos cuadras antes de llegar al puente le digo a mi corazón:

—Debe estar así, de esta manera y respirando como siempre, así: Aay... aay...

Su respiración es quejumbrosa y doliente... Al pasar junto a ella me detengo y pienso... Todos mis pensamientos giran alrededor de Cristo. Yo no sé si pienso con el cerebro de Cristo o si Cristo pensaba como puedo pensar yo; el caso es que, en todo momento tengo presente lo que él lleva dicho y todos mis sentimientos se encadenan inevitablemente a los suyos. En cada caso que se me presenta en que debo juzgar o ser juzgado, me digo en secreto:

"¿Cómo hubiera obrado él en este caso?"

Y cuando quiero dar una orden imperativa a mi corazón, le digo:

"Cristo lo dijo". Y mi corazón se inunda de ternura y toda mi sangre sonríe piadosamente.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

A veces, me apresuro en la comisión de un acto y mientras lo ejecuto me digo con fuerzas:

—"¡Ah, sí, sí, Cristo lo dijo!".

* * *

Anoche cayó una lluvia copiosa. Atravesé las calles saltando charcos y barrancas. Arriba, abajo, densas nubes, compactas y heladas me obstruían el *paso* y el agua me cruzaba el rostro para domeñar el orgullo de mi alma.

Neptuno hacía gárgaras sobre Buenos Aires.

Los pocos vagabundos que encontré, transitaban escorzados como sombras, corridos por el chubasco y envueltos en los remolinos de la tempestad. Sobre un fondo negro y un escenario frío y resbaladizo, las lámparas eléctricas ejecutaban la danza de la muerte bajo el control musical de los *cables del teléfono* y un público inmutable de adoquines y columnas de fierro...

Cuando estaba por llegar al puente me decía como para que no sucediese:

—No... Esta noche no puede estar...

Y luego, levantando la voz:

—No tiene que estar... ¡Ah, Cristo!... ¿Cómo podrías tú abandonar así a tus hermanos?

Llegué al sitio señalado y la mujer estaba como de costumbre, pero esta vez empapada de agua y barro. Desde el techo, cruzado por vigas *enormes* se desprendían innumerables goteras sobre el lodazal de la calle... Me puse a pasear a su lado como un condenado inocente dentro de una jaula de fierro. De rato en rato, me quedaba estúpidamente absorto ante aquel bulto extraño que temblaba de frío sin cesar:

—¡Aay!... ¡Aay!...

Al fin, opté por despertarla. Después de muchas sacudidas y llamadas surgió de aquel *montón de trapos* como desde las entrañas de las piedras una cabeza de niña resignada que me clavó dos ojos medrosos y compasivos.

—¿Qué quiere? — me dijo.

Algo turbado, le contesté:

—Vd. se va a morir de frío si permanece en ese charco de agua. ¿Por qué no va a su casa?

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

—¿A mi casa?... Mi casa... ¿dónde está mi casa, dónde, dónde?...

Indudablemente, no tenía casa ni sabía lo que era eso de tener casa. Tal vez habría nacido y vivido en la calle. Yo también, queriendo hablarla, le hice esta pregunta que sabía de antemano, superflua.

—¿Vd. tiene casa? — me dijo asombrada.

—Sí... Una pieza grande en una barraca vieja.

—¿No se llueve allí?

—No...

—¡Qué suerte tiene usted!

La muchacha se puso de pie y quedó ante mi vista completamente desfigurada. Era trigueña, de nariz afilada, de ojos negros y cabellos duros y desordenados. Su boca, estaba recortada con finura, un gesto de santidad le plegaba los labios y su cabellera partida en dos bandas, le caía sobre los senos y le servía de abrigo; pero su cuerpo, era horrible. Tenía una joroba que le quebraba el tronco y caminaba dando saltitos como una codorniz herida en una pata. Todas sus ropas eran harapos mal hilvanados y calzaba unos botines de hombre por cuyas puntas destrozadas le salían los dedos de los pies. No tenía medias, ni camisa, ni calzones.

Estaba medio dormida y atolondrada, se restregó los ojos, dió unos pasos desarticulados y confusos, perdió el equilibrio y se desplomó sobre los adoquines con un crujido de huesos rotos.

Yo la tomé en mis brazos y la levanté con suma facilidad: su peso era nulo. Así la volví a examinar de arriba, abajo.

—Tengo frío... — me dijo con voz apagada.

Se miró los botines.

—Yo sé que es desgracia usar botines de hombre — me explicó — pero no tengo otros. Cuando no llueve me los saco y ando descalza....

La muchacha parecía sentirse muy bien entre mis brazos y hasta me pareció verla ensayar una sonrisa. De rato en rato le venían chuchos que me los trasmitía en sacudidas bruscas. Me dió tanta lástima que resolví llevarla a mi pieza. Mientras la conducía, la muchacha me miraba con desconfianza y creía poco o nada de lo tanto que yo le iba diciendo. Llegamos a casa. Tiré el colchón al suelo sobre unos diarios y la acomodé en mi cama. La chica se durmió en

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

seguida después de haberse devorado un pan que había sobre la mesa.

Tirado en el pavimento, sin colchas ni almohadas, yo sentía mucho frío, pero me pude dormir lo mismo, porque del fondo de mi alma, la voz de Cristo me repetía:

—Has hecho bien, hijo mío...

* * *

La muchacha se llama Luisa, es huérfana y no sabe nada del padre y menos de la madre. Tiene diez y siete años, pero a juzgar por las apariencias, no representa más de diez o doce. En todo lo que me ha dicho he visto una pobreza de imaginación increible. No puede encadenar sus recuerdos y relata en forma escueta y desabrida, mirando a izquierda y derecha, visiblemente persuadida de que alguien la va a interrumpir con un golpe o con un tirón de orejas.

Me preguntó, cogiéndome de las manos si yo no acostumbraba castigar a las mujeres y de paso me contó una serie de episodios de su vida de sirvienta, donde un doctor le había arrancado las mechas y una tonadillera felina le clavó un pinche de sombrero en el muslo izquierdo. Llevó la fidelidad del relato al extremo de mostrarme la marca, poniendo una cara de atormentada prematura que ensanchaba los límites de mi tristeza.

Puedo decir, ahora, que el acontecimiento de la jorobadita vino a romper la monotonía de mi vida que ordinariamente se cumplía así: del taller a la barraca y de la barraca al taller.

A medida que transcurre el tiempo, Luisa me va resultando una excelente compañera. Pone el mayor interés en arreglar todo y trata de ocupar el menos espacio posible. Se lava de arriba abajo, se peina, se mira al espejo y hace la comida.

En cuanto pueda voy a comprar otra cama. Con el dinero que le dí adquirió un vestido chillón, unas zapatillas celestes y un pañuelo de seda blanca con el cual ciñe el haz de sus cabellos negros. Quiere borrar la negrura de su cuerpo con el resplandor de los vestidos. Es pintoresca. Le gustan extraordinariamente los colores vivos y prefiere una cinta roja a un ramo de violetas. En pocas semanas quedó transformada al punto que su joroba no es tan horrible como me pareció al principio. Cuanto más la observo, tanto más

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

crece mi compasión y mi corazón se hace más tierno. Vista de frente no es del todo desagradable: su cabeza está bien formada y su voz es temblorosa y simpática.

Una mañana la sorprendí durmiendo con la garganta descubierta y los cabellos revueltos y abandonados. La observé detenidamente en esta posición y la encontré, como nunca, radiante y encantadora. Debo advertir que cuando le veía la joroba mi ilusión se desvanecía en cristales de amargura. Hubo un momento en que su deformidad física ocupó un puesto fijo en mi inteligencia, semejante al que ocupaba el teclado de mi máquina o los golpes secos de la rotativa.

Yo la trato como si fuese una niña desvalida que perdió padre y madre y necesita el apoyo de un hermano mayor. Cuando se le cae un plato o una copa, se pone a llorar y me mira espantada, esperando, sin duda, que le clave un pinche en el muslo o que le arranque un mechón de pelos.

De noche, nos vemos poco o nada, porque recién a las cuatro de la mañana llego a casa, rendido y adormilado. Encuentro siempre todo en su sitio: el colchón en el suelo, las sábanas meticulosamente plegadas y Luisa profundamente dormida, en la misma posición y respirando así:

—Aay... Aay...

¿Por qué se queja cuando duerme? Arrastra la A de una manera débil y quejumbrosa y duerme como si nunca hubiese dormido. Trato de no hacer ruido, me desvisto con precaución, apago la luz y me acuesto. Al despertar, encuentro el desayuno preparado, la pieza barrida y todos los objetos acuartelados bajo un orden rigurosamente disciplinario. No sé de qué medios se vale mi compañera para ir y venir, barrer, limpiar y fregar sin despertarme. A la hora de cenar, lo hacemos juntos en silencio como dos cartujos que se propusieran alcanzar la gloria del paraíso recluyéndose en el monasterio de una barraca podrida y solitaria.

Luisa se ve que está completamente familiarizada con mis costumbres y yo me voy acostumbrando a verle la joroba sin sentir horror. Me parece lo más natural que la tenga y sólo me extrañaría si algún día le desapareciese. Se puede decir que perdió el miedo que le paralizaba la lengua. Ahora habla y piensa en voz alta, con absoluta espontaneidad e independencia y me dirige la palabra sin

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

tanteos, pero, aunque llegó a comunicarme ciertas interioridades de su cuerpo sin ruborizarse, se ve que todavía me oculta algo...

Nuestras relaciones se hacen cada vez más sólidas y cordiales. En mis transportes de amistad le tomo la cara con una mano por la barba y ella estira el cuello como una garza herida de muerte en las espaldas y sonríe con una fruición íntima y misteriosa. Su boca compasiva espera la piedad de besos desconocidos y sus cabellos negros se extienden hacia adelante buscando como las trepadoras una verja donde enredarse para florecer a las primeras caricias de la primavera.

Le conté todas mis desgracias y la compasión que sentía antes por ella, ahora la siente ella por mí...

* * *

Una noche, Luisa se olvidó de tirar el colchón al suelo y cuando llegué me encontré sin cama. La desperté y le hice unas reconvenciones cariñosas. Ella, con la mayor naturalidad, me dijo:

—¿Por qué no te acostás conmigo?...

Y luego, haciéndose a un costado, insistió:

—Acostate aquí a mi lado... Cabemos los dos... No tengas vergüenza...

Me dió vergüenza, en realidad, de tener vergüenza ante una proposición tan inocente y me acosté sin decir palabra. Al descubrir las sábanas, se me presentó en toda su desnudez, aquel cuerpo raquítico y contrahecho: sentí un escalofrío que me hizo apagar la luz de un solo golpe.

Luisa se revolvía en el lecho presa de una nerviosidad agresiva. Me pareció que gemía o sollozaba, pero estaba tan fatigado que me quedé dormido en seguida.

Pronto desperté sobresaltado por las sacudidas que me daba sin querer o queriendo mi compañera.

—¿Qué te pasa? ¿No podés dormir?

—No... no puedo... no puedo...

—¿Querés que tiere el colchón sobre el piso?

Luisa, con voz temblorosa y suplicante me susurró al oído:

—No, hermano, no lo tirés...

—¿Por qué?

Me tapó la boca con la mano.

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

—No... no... no quiero...

Al otro día redobló su ternura y endulzó más su sonrisa. Su voz se hizo más fina, más simpática. Me trajo el desayuno a la cama cosa que nunca había hecho. A cada cosa nueva que hacía imploraba casi mi aprobación.

—¿Te gusta que haga esto?

Si le respondía que sí se apresuraba a contestar:

—Mañana lo haré otra vez... Todos los días lo repetiré: te llevaré el café a la cama, ¿oís?...

Al levantarme me miraba lánguidamente con la resignación de una virgen incomprendida.

Me puse a leer y ella hizo un rodeo alrededor de mi mesa, después me abrazó por la espalda y me dijo con el rostro casi pegado al mío:

—¿Me querés?...

Yo no me di vuelta y seguí leyendo. Esa misma pregunta bien la podía hacer un niño. Se me antojaba que Luisa era una infeliz, huérfana de padres y de cariños a quien había que permitirle la libertad de sus expansiones infantiles.

Sin embargo, insistió tanto que tuve que darme vuelta. Vi, entonces, dos ojos encendidos, claros y piadosos, unos labios humedecidos y suplicantes y una piel satinada que se descomponía en un prisma de colores vivos. Toda la sangre de su cuerpo enclenque afluía precipitadamente al rostro y le prestaba tonalidades radiosas.

Luisa me volvió a estrechar varias veces entre sus brazos diminutos y se puso a sollozar convulsivamente.

Yo comprendí su situación y sus deseos y me callé la boca. Por mi cabeza desfilaban en procesión, pensamientos sombríos y monstruosos: niños desnutridos, estúpidos, idiotas; seres torturados, prematuramente envejecidos con caras largas, muy largas, con piernas torcidas y esmirriadas...

—¿Por qué no me decís algo? — me dijo.

—¿Qué querés que te diga, hermana?

—Ah, sí, yo sé que soy fea, jorobada, horrible, pero soy buena y me podías decir algo, algo...

—No es por eso... no es por eso... Es que después...

—¿Después qué?

—Serías más desgraciada, mucho más desgraciada, hermana...

* * *

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

Cuando dormía tenía por costumbre darle la espalda. Aquella noche Luisa estuvo insoportable. Se zarandeaba de izquierda a derecha, gemía, balbuceaba palabras incoherentes y en su delirio llegó a constreñirme tanto que me despertó tres veces consecutivas.

—¿Qué te pasa? — le dije.

No sabiendo, sin duda, qué contestar me dió un beso en la frente y dejó caer su cabeza afiebrada sobre mi cuello. Yo le acaricié los cabellos y en esta posición extraña nos dormimos.

Al otro día Luisa estuvo silenciosa, impenetrable... Iba de aquí para allí sin ningún motivo, suspiraba y cuando me fuí ni siquiera me miró. A mi saludo ordinario contestó con una mueca inexplicable.

De regreso, ya no la encontré más.

Se había ido.

* * *

Salí a la calle, abatido y desfigurado. La inquietud me fruncía el ceño. No podía admitir que me abandonase por un sentimiento que en un cuerpo bien constituído hubiera sido la exaltación de nuestras relaciones. Me dirigí a los lugares que solía frecuentar Luisa y bajo el segundo puente del Once la encontré acurrucada como la primera noche. La desperté inmediatamente. Ella, se puso de pie y se enderezó como nunca: estaba terrible, sus ojos fulguraban en la penumbra como los de un gato acorralado en la obscuridad de un sótano.

—¡Imbécil! — me increpó. — ¿Qué querés?

—¿Por qué te fuistes?

—¡Por qué sos un imbécil!

Y sacudiendo sus zapatillas diminutas sobre las piedras, seguía repitiendo:

—¡Imbécil!... ¡Imbécil!...

Yo, me limité a soportar en silencio aquel chaparrón de insultos; después la tomé de un brazo y le dije:

—Vamos...

—Soltame, malo... No voy, no... ¡Yo te detesto!... ¿No ves que te detesto, no ves?

Le pasé un brazo por la cintura, le cogí la cara con una mano y le dije:

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

—¿Por qué, Luisa?...

Creo que era la primera vez que pronunciaba su nombre. Luisa se sintió invadida por una piedad tan grande que desmintió cuanto había dicho y me pidió perdón con lágrimas en los ojos. Yo le expliqué que entre nosotros dos no podía existir otro género de relaciones que las que hasta la fecha habíamos mantenido, pero ella, no escuchó mis palabras; puso sus dedos finos y delgados sobre mi cuello, escrutó mis ojos serenos y me barbotó:

—Yo te quiero... Yo te quiero...

Y mientras se retorcía alrededor de mi cuerpo, balbucía:

—Malo... malo... ¿Por qué sos tan malo conmigo que te quiero tanto?

Empezamos a caminar completamente reconciliados. Luisa se afianzó a mi brazo como una novia bien formada y coqueta. Su paso nervioso y ágil adquiría, por instantes, una elegancia para mi desconocida; entrecerraba los ojos y miraba al cielo donde el cadáver de la luna paseaba su esqueleto celeste.

Por el camino, la pobre me decía para justificarse:

—¿Sabés por qué me escapé?... Bueno... Te voy a decir: creía que voz no me querías... ¿Verdad que fuí una estúpida?

Yo no decía nada. Cristo sabía, que yo no podía decir nada. La otra proseguía:

—Esta noche vamos a dormir juntos, pero no como todas las noches. No... no... yo no puedo dormir así... si vieras, hermanito, cuánto sufro... Sufro mucho, mucho...

El timbre suplicante de su voz me enternecía y su carita de torturada prematura me llenaba el corazón de sombras. Llegamos y como de costumbre nos acostamos juntos. Luisa se puso a temblar presa de convulsiones espasmódicas y me envolvió en una red de besos y abrazos. Parecía una santa enclaustrada a quien el demonio rompiese las cadenas que oprimían su oscura virginidad.

Cristo me abandonó... Nos abandonó...

La besé en la boca con verdadera pasión y en un momento de piedad infinita, la poseí... En mis brazos vigorosos aquel cuerpo deforme y magro se debatía angustiosamente. Luisa exhalaba unos quejidos agudos, hirientes, lastimeros y lloraba de dolor y de alegría.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

Cuando recobró la calma, con voz desmayada, me susurraba al oído:

—Gracias... Gracias...

* * *

Desde la posesión de Luisa estoy absorto ante mi conciencia. Mi trabajo no me permite ver con claridad lo que acabo de hacer. Con motivo de un número extraordinario que saldrá en breve, me aumentaron, además, las horas de labor, lo cual adormece en gran parte mi sentido moral. Para escapar a la acusación que podría hacerme mi conciencia, acepté dormir en el taller durante cuatro días, después de los cuales, volveré de nuevo a la barraca. El taller tiene la virtud de llenarme el cerebro de tinieblas. La agitación febril de los obreros que van y vienen, el ruido enfermizo de las máquinas que no se detienen jamás, el humo venenoso que despiden los crisoles cuando creman cuerpos extraños, y, el plomo, que, finalmente, se localiza en el cerebro, me reducen a un estado de inconciencia absoluta.

Duermo en el cuarto de los trapos sucios, al fondo, juntamente con siete de mis compañeros. La rotativa, la primer noche no me dejó pegar los ojos: suponía que las poleas en vez de girar sobre los montantes giraban sobre mi cabeza. Ahora, solamente oigo el silbido de las linotipos que me escarban continuamente los oídos, una especie de barrena imaginaria que me horada paulatinamente el cráneo. Me levanto atolondrado, con la lengua seca y la boca amarga, siento la amargura del antimonio que se pasea por los intersticios de mis dientes, que sube por la nariz, y desciende, desciende hasta encontrar el corazón. Allí muerde las membranas con su dentadura corrosiva, mastica mi desgracia y ríe...

Mis compañeros, antes como después de acostarse, fuman y escupen escandalosamente: entretanto, largan la procesión que llevan por dentro y se complacen mirando pasar sus fantasmas mezclados en las espirales del humo. Quisiera hablar con ellos, confesarme, contarles lo que hice con Luisa, pero, ninguno me escucharía y si se pusieran a escuchar se dormirían en seguida.

El cansancio es absorbente.

Las tinieblas del taller, densas y pegajosas, nos han obscurecido completamente la conciencia. Parecemos topos arrastrándonos por la obscuridad de las galerías del infierno.

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

Si alguna idea se concreta en mí, es la situación de Luisa. Espero dormirme para pensar: me es imposible pensar despierto. En sueños, Luisa me visita, viene y me sacude con violencia. Yo le respondo como si estuviera en el fondo de un abismo:

—Déjame dormir un poco más, hermana...

Me vuelve a sacudir.

—Un poquito, nada más que un poquito... Tengo mucho sueño...

Ella no se da tregua hasta que me despierta. En medio de la oscuridad la interrogo:

—¿Qué querés, Luisa?

—Hermanito: no puedo vivir solita en la barraca: tengo miedo, tengo mucho miedo... ¿Por qué me abandonás así? ¿Qué te hice — decime —qué te hice?

—Hemos pecado...

—¿Hemos pecado?

—Sí... nos hemos condenado para siempre.

En las negruras del sueño mis ideas religiosas aparecen en toda su terrible austeridad.

—Vos tenés la culpa... Yo no quise: Cristo fué testigo de que yo no quise...

—Malo... malo... ¿Por qué tengo yo la culpa? ¿Tengo yo la culpa de ser jorobada?...

—No... no...

—¿Por qué me hablás así, entonces? ¿Por qué me decís eso a mí que te quiero tanto? ¿Qué culpa tengo yo de tener un corazoncito, este corazoncito mío que sabe llorar, siempre llorar?...

—Vos tenés la culpa... la culpa...

Me aferro a esta palabra y la pronuncio y la repito sin saber propiamente, ni dormido ni despierto, su verdadero significado. Me resulta tan oscura como todos mis actos.

No puedo dar un paso, soñando, sin que la jorobadita me persiga como un fantasma. A veces, me doy vuelta con brusquedad y le pregunto:

—¿Por qué me seguís?

—Porque te quiero... te quiero... sí... te quiero...

Desde que hice lo que con ella, no puedo dormir tranquilo. Me revuelvo como una araña negra en su lecho de detritus, despertando a mis compañeros que dormitan conmigo tirados en el suelo. Una

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

mañana, al despertar escuché que uno de los siete le decía al otro refiriéndose a mí:

—Este parece que hubiese cometido un crimen.

Nos acostamos, más o menos, a las tres de la mañana y a las siete estamos de pie. Es todavía de noche. Afuera, el sol, trata sin duda, de hacerse paso entre las nubes cargadas y frías del invierno. El último día, al abrir los ojos, contemplé un cuadro extraño, que me dió la medida de mi situación mental y material. Mirando hacia la calle se distingue una cuadrilla de linotipistas alineados, con la cabeza sumergida en el teclado y la mirada clavada en el original, pronto, se quemaron los fusibles y el taller quedó completamente a obscuras. Entonces, un coro de voces lúgubres y fatigadas empezó a pedir luz.

—¡Luz!... ¡Luz!... ¡Luz!...

Cuando llegó la luz, en el marco de la púerta apareció Luisa. Estaba afligida emocionada y marchita. Me abrazó. Yo me desprendí con rapidez de sus brazos por temor a que me viesen mis compañeros. Le dije que era el último día que me quedaba a dormir allí y le aseguré que por la noche iría como siempre a la barraca. Ella quiso reir, pero hizo una mueca dolorosa. Me estrechó la mano nerviosamente y me rogó:

—No me vayas a engañar...

—No... no... andate pronto...

—Yo no puedo vivir solita... ¿Sabés? Te voy a decir un secreto...

—Después me lo dirás...

Se fué vacilando, dándose vuelta a cada paso, deteniéndose aquí y allí con deseos de volver.

Al salir me preguntó el regente:

—¿Quién es esa jorobada?

—Mi hermanita — le contesté.

En su boca se dibujó una sonrisa llena de perversidad. Yo no quise pensar nada y me senté en la máquina a trabajar.

* * *

Han pasado muchos días. El secreto que me confesó Luisa era nada más que una presunción que ahora está plenamente confirmada.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

Estoy arrepentido de haber hecho lo que hice, muy arrepentido.

Luisa está embarazada.

¡Ah, Cristo, Cristo!... ¿por qué me abandonaste? ¿por qué? ¿por qué?...

Sí, sí, está embarazada... Me lo comunicó con una alegría histérica que me hizo verter lágrimas amargas. Según sus cálculos piadosos, el hijo que viene será rubio como yo, fuerte y sobrio como yo, todo como yo; ella es tan buena que no quiere prestarle ningún atributo suyo y se conforma con criarlo y darle el pecho que no tiene. Sus conversaciones giran invariablemente alrededor de su hijo. Una noche me despertó para decirme que el chico le había dado un puntapié en el vientre y festejó la broma al punto de ponerse seriamente a reprocharlo.

Es tan grande la satisfacción y el orgullo que experimenta Luisa por ser madre, que no advierte el estado ruinoso a que la condujo el embarazo. Vomita sin tregua, sufre terribles dolores de cabeza y está descolorida y mustia, horriblemente mustia... Cuando camina se dobla como si llevara un castigo de piedra en el abdomen y su piel trigueña y satinada se descompuso en una serie de motas y placas amarillentas. Tiene las piernas ulceradas y todos los músculos flojos, caídos, relajados...

Su aspecto, en líneas generales, es el de una máscara raquítica y siniestra después de los tres días de los carnavales.

En vez de quejarse, de llorar a gritos y tirarse en el suelo, para no levantarse más, Luisa sonríe, está contenta, iluminada por un optimismo instintivo y enfermizo y se arrastra con alegría para barrer la pieza y se pone de rodillas con entusiasmo para lavar los platos. De noche me espera levantada, prepara el té, y, en seguida, comienza a hablar de la criatura profundamente agradecida porque la hice madre.

De día no suelta la aguja de la mano, trabajando con ahinco en la confección de baberos y pañales. Arregló un baúl pintorescamente para que sirva de cuna al recién nacido.

Un día la sorprendí caminando en cuclillas... Me confesó que no podía tenerse en pie, que el chico pesaba demasiado, y que, en lo sucesivo, no caminaría de otra manera que esa.

¡Ah! Me da mucha pena verla así, mucha pena... Al servir la mesa, se arrastra a mis pies lentamente, penosamente y en cada pa-

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

so que da hace una pausa y suelta una queja contenida, fina y penetrante, que recorre la frialdad de la barraca sombría. Cuando la miro en esa posición me pongo lívido y taciturno, los cabellos se me caen sobre la frente, se me aflojan los brazos y las piernas y caigo en una postración profunda, durante la cual oigo la voz de Cristo que me dice sin cesar:

—¿Qué has hecho, hijo mío?

* * *

Una noche, al volver a casa, encontré a Luisa que agonizaba en un charco de sangre. Se conoce que hacía muchas horas que había empezado el alumbramiento, al cual, sin duda, acompañó una intensa hemorragia. Tenía los ojos vidriosos, vacíos, entrecerrados y la boca plegada en una sonrisa amable y piadosa. Su cabeza marmórea tenía ya la rigidez de la muerte; sin embargo, la pobre no murió sin darme la noticia.

Cuando me arrimé a su cama, hizo un esfuerzo supremo y con voz desfalleciente musitó:

—Ya lo tuve hermanito... Cuidalo... cuidalo...

Levanté las sábanas y descubrí un fenómeno macabro. La cabeza semejaba por sus planos un perro extraño y era tan chata que se sumergía hasta hacerse imperceptible en el cráter de una joroba quebrada en tres puntos. Su cuerpo estaba revestido de pelos lagos; no tenía brazos y las piernas eran dos muñones horrorosos. Volví a cubrirlo, me senté aniquilado en una silla y así me sorprendió el día. El nene bajo las sábanas se revolvía como un gusano y lanzaba unos vagidos que me helaban el corazón.

Nunca me corrió un sudor tan frío por la frente y nunca me dolieron tanto los pensamientos. Luisa murió sin pronunciar una queja y el nene se ahogó en un lago de sangre.

Desde entonces, no puedo conciliar el sueño; voy de aquí para allí como un loco, al llegar junto al puente me detengo y pienso; entro en el taller y salgo, siempre, siempre, atormentado y perseguido por una voz que me dice:

—¿Qué has hecho, hijo mío?

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

DE PROFUNDIS

Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo tornaré allá; Dios dió y Dios tomó...

Dios quita la razón de las cabezas y hace que los hombres se pierdan vagando sin camino; que palpen las tinieblas y no la luz; y los hace errar como borrachos.

Porque el suceso de los hijos y el suceso del animal, el mismo suceso es; como mueren los unos, así mueren los otros; y una misma respiración tienen todos; ni tiene más el hombre que la bestia; porque todo es vanidad, vanidad y afliccion de espíritu.

Todo va a un lugar: todo es hecho de polvo y en polvo se tornará.

(*Sagradas Escrituras*).

Cuando salí de Montevideo en un estado de sonambulismo que me duró cerca de tres años, creo que atravesé el Uruguay a pie y me interné en el Brasil por Santa Ana. De todo lo que hice desde que te abandoné, no puedo afirmar nada, porque la muerte de mi madre extinguió en parte la luz que alumbraba mi cerebro y yo empecé a rodar por el mundo como un borracho a través de las tinieblas.

La muerte de mi madre me llenó el corazón de luto. Al verme solo, solo, huérfano, con 15 años, con 15 años apenas cumplidos, experimenté un terror intenso, una angustia espantosa, un miedo horrible que me paralizó el sistema nervioso. Todos mis miembros quedaron súbitamente rígidos como si de pronto la tierra hubiese desaparecido bajo mis plantas y me hubiera encontrado de pie, sobre la cabeza de un alfiler, en el centro de un abismo tenebroso. Las ideas religiosas, el fanatismo ciego de aquella mujer que iba a buscar trapos para alimentarse, se apoderó repentinamente de mi espíritu.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

¿Sabes qué pensé hacer? No lo digas a nadie: pensé colocarme otra vez el hábito de la Virgen del Carmen, aquella sotana oscura, cruzada por una correa que vestí hasta los 10 años. Pansé, también, colocarme nuevamente las sandalias.

Sí, sí, el hábito oscuro, las sandalias negras... ¿Te acuerdas? ¡Qué aspecto de seriedad prematura me prestaba aquella vestimenta lúgubre! ¿Te acuerdas cuando corríamos juntos por la playa prendidos del brazo, yo con mi hábito religioso, triste, precozmente triste y tú vestida de blanco, risueña, vaporosa, los cabellos sueltos a merced de las ráfagas marinas?

Nunca me olvidaré de tus seis rulos, de aquellos seis rulos castaños que te conté tantas veces sobre la arena y de tu silueta delgada y de tu sonrisa lánguida, nunca, nunca... Tampoco me olvidaré del contraste cómico y dramático que ofrecían nuestras ropas. Tú me aconsejabas pertinazmente que me quitara el hábito, llegaste un día a desgarrarme el cinturón, te burlabas de mí para persuadirme; todos hacían lo propio en el barrio, en la escuela, en el conventillo donde me crié; me excluían de los juegos, me humillaban, me levantaban las faldas, pero mi madre, a pesar de mis constantes protestas, no quería trocar mi traje: era una promesa que ella hizo a la Virgen del Carmen cuando yo tenía tres años.

¿Te acuerdas? Ya te expliqué lo qué ocurrió en esa fecha. Entré a la cocina donde hervía en un pequeño fogón una olla inmensa llena de grasa. Como no conocía aún el riesgo del líquido hirviendo, crepitando, puse mi cuello inocente al borde de la olla enrojecida por el fuego y allí quedé como adherido, lacrado no sé cuanto tiempo. Cuando me sacaron de aquel horrible suplicio estaba casi degollado, tenía una abertura profunda que me llegaba hasta la garganta, una incisión de oreja a oreja de la cual conservaré siempre la marca. El médico que me atendió después de coserme el cuello, le anunció a mi madre que yo no me salvaría: estaba irremisiblemente perdido. Entonces, ella, siguiendo una vieja costumbre de su pueblo natal, se arrodilló ante la abogada de los imposibles y permeneció a sus pies llorando, gritando, gesticulando toda una noche y todo un día. Esa noche y ese día le prometió vestirme de santo hasta los 10 años si se cumplía el milagro de mi resurrección. Más tarde, fuera de peligros, cumplió su promesa sin sospechar que su decisión me robaría la alegría de vivir durante todo el resto de mi existencia.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

Escucha... Quiero explicarte cómo salí de Montevideo en cuanto murió mi madre y en qué estado de sonambulismo me hallaba por efecto de una pena irresistible para mi edad.

Empecé a caminar maquinalmente bajo el peso de una idea fija, mecánicamente como un epiléptico; iba, venía, arriba, abajo, repitiéndome a mí mismo, las mismas palabras: "mi madre ha muerto".

A cuanta persona encontraba en mi camino, fuera quien fuese, la detenía y le comunicaba mi desgracia: "¿Sabe Vd.? ¡Ha muerto mi madre!"

Y como algunos dudasen, yo insistía:

—"Sí, sí; mi madre ha muerto. No se ría Vd.: le digo la verdad, la pura verdad: ¡mi madre ha muerto!"

Ante la ignorancia de todos, proseguía:

—"¿No sabía Vd.? ¿Pero no sabía Vd. que mi madre, mi pobre madre que juntaba trapos para alimentarse, ha muerto? ¿No llora Vd.? ¿No llora Vd. amargamente, así, así?"

Y me ponía a llorar, pero creyendo estar acompañado me encontraba casi siempre solo, en una carretera desierta, hablando si es posible en voz alta y caminando, eso sí, caminando siempre... Difícilmente detenía mi marcha: tengo los pies hechos una llaga, una verdadera llaga...

Ahora sabes por qué abandoné la playa misteriosamente, en plena noche intelectual y bajo el impulso secreto de una fuerza desconocida, inexplicable, terrible, que me empujaba lejos del lugar donde nos conocimos. Y sufrí, sufrí mucho, sufrí atrozmente como si una maldición sagrada hubiese caído sobre mis espaldas. Tal vez fué Dios quien apagó la luz que iluminaba mi cerebro y yo anduve a tientas por la vida como un ciego de nacimiento, como una procesionaria de los pinos alrededor del borde interminable de un canasto.

Llegó un momento en que creí que todas mis desgracias se debían a la falta de madre. Creí firmemente. Porque cuando ella vivía no me ocurría nada de esto. ¿Sabes cómo me llaman ahora? ¡Guacho! Sí, Irene, ya no me llamo más Alfredo, no, no, ahora me llamo *guacho*. ¿Escuchas? Este sobrenombre me lo pusieron en "La Charqueada" donde trabajé cerca de un año. Me lo puso el capataz, un negro espantoso, trompudo, picado de viruelas, a quien confesé mi sombría condición de huérfano.

Cuando me prendían a una vagoneta de carbón, como mi consis-

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

tencia física no resistía, el capataz me azuzaba, látigo en mano, con su voz terrible:

—¡Guacho! ¡Guacho! ¡Upa, upa!... ¡Traballa, fillo da perra!

Una cuadrilla de negros festejaba la admonición con gritos y carcajadas y yo hundía las pezuñas en la tierra, jadeante, sudoroso, esperando el latigazo con que acompañaba siempre sus amenazas si el vehículo no arrancaba pronto.

Allí me enfermé. ¿Sabes? Casi me muero: me enfermé una vez, después otra, después trabajaba quince días y me enfermaba un mes, hasta que, por fin, me despidieron.

El capataz me colocó en la puerta del establecimiento con mi mochila al hombro, hizo restallar la fusta contra mis piernas y gritó:

—¡Fora da qui, fillo da puta!

Y luego, mientras me corría por una calle empedrada, y mientras se encarnizaba con mi carne, profería, reclamando auxilio:

—¡*A ele! ¡Pega, pega! ¡Pega a ele que e guacho!*

Al fin, me abandonó, dejándome en el cuerpo la cicatriz de varios rebencazos, el sello de la brutalidad humana.

Esto no es nada, esto no es nada: tú has sufrido más y no te quejas, no te has quejado nunca... Sé que estuviste tres años postrada en un lecho, tuberculosa, pálida, traslúcida y que esperaste la muerte con resignación triturando mi nombre todos los días entre tus dientes, entre tus minúsculos dientes. Por eso, me he puesto de rodillas, aquí, sobre este barro frío, con este frío espantoso... ¿No sientes frío, mucho frío, ahora que se ha ido el sol? ¿Con este cielo brumoso y húmedo, aquí entre tantas cruces negras, entre tantos cipreses amarillos, entre tantas aves de rapiña, tristes y agoreras?

¿Y esa campana? ¿*No te produce frío esa campana que suena en* la capilla del cementerio?

Pídeme que me serene que me hace falta: quiero hablar toda la noche tranquilamente contigo, pídemelo tú y yo accederé.

¿Sabes? Después de esto; permanecí varios días en La Charqueada sin pan y sin albergue, corrido por todos, cercado por todos, hambriento, miserable, más miserable que de costumbre, hasta que una mañana de sol, esplendorosa y tibia, partí. Aferré mi mochila con una correa y partí por un camino desconocido y desierto.

Hubo dos sombras al principio que siguieron mis pasos, dos som-

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

bras que me guiaban a través de las tinieblas; era la sombra de mi madre una y la otra, era tu sombra; una noche, la sombra de mi madre desapareció y quedó tu sombra, nada más que tu sombra. Partí con tu sombra a mis espaldas.

* * *

Pronto llegó la noche.

La noche era cruda, borrascosa y fría; aquí, allí, espesas nubes, amorfas, heladas, iban y venían... Un viento huracanado, piafando, ululando, recorría la inmensidad de las selvas vírgenes y desoladas. Escuerzos enormes, sumergidos en las entrañas de la tierra, soltaban estridencias de bronce, cuyo volumen cubría por completo el sollozo de los monos que muequeaban en la oscuridad espectral de los pajonales. El Brasil radiante, cristalino, poético, se amortajaba de negro, de un negro profundo e inescrutable.

De vez en cuando, un relámpago de fuego rasgaba la obscuridad, y, entonces, percibía con nitidez las líneas blancas de la lluvia que se quebraban como filamentos de cristal en los charcos del camino.

Hacía ya, por lo menos, diez horas que marchaba sobre la superficie escarpada y tortuosa de un callejón pantanoso. La maleta que traía al hombro me curvaba cada vez más el cuerpo obligándome a presentar un blanco cada vez más amplio al chaparrón que me venía poniendo puntas de fuego a retaguardia. El hambre y el sueño me hacían dar barquinazos, aquí, allí, como una cureña vieja y desvencijada. Llevaba la idea obsesionadora, impermutable, de encontrar un rancho cualquiera para poder descansar un poco. Pensaba, simultáneamente, comer algo si me daban aunque fuese un pedazo de sebo, una carnaza descompuesta, y calentar al amor de la lumbre, mis pies descalzos, doloridos, desgarrados, arriba y abajo por las zarzas, y, a la sazón con una uña desplazada que manaba sangre y lodo. Después, me encaminaría hacia las canteras que estaban enclavadas frente a la bahía de Río Grande, donde, seguramente encontraría trabajo como peón en la primer cuadrilla de picapedreros.

Al menos, así me lo aseguró un trabajador que encontré por la mañana.

El horizonte aparecía opaco, nebuloso, impenetrable. A tres o cuatro pasos de distancia no se distinguía absolutamente nada. Por mo-

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

mentos el agua me llegaba hasta las rodillas, por momentos me deslizaba sobre masas pedregosas, puntiagudas, hirientes, por momentos se me escurría una pierna en un agujero profundo, lleno de espinas, donde chapoteaba un rato largo para desprenderme.

Desde la planta de los pies hasta la cintura, mi piel ofrecía una red cruenta de arañazos que me hacían soltar lágrimas, especialmente cuando tropezaba contra una piedra dura o contra un tronco sedimentado. Si daba con el pie de la uña desplazada en el obstáculo, la violencia del golpe me tumbaba en el barro, desfallecido, lacrimoso... Entonces, cogía el pie con ambas manos, trataba de llevarlo a mi regazo y allí, lo soplaba, primero; después, lo comprimía, y, al fin, llorando desesperadamente, lo acariciaba...

Tuve que arrancar una lista del pantalón, improvisar una venda y envolver el dedo roto a fin de poder continuar el viaje.

Un rayo hizo estremecer la tierra, trazó una enorme culebra de fuego en el firmamento, zizagueó en los morros de las sierras y rodó estrepitosamente por las faldas, allá en el bajo, sobre los quebrachales.

El alma de las selvas, se hizo la señal de la cruz y quedó absorta...

Me detuve. El agua me calaba los huesos y la fatiga me hacía respirar como un fuelle caduco y desportillado. En medio de tanto ruido extraño, caótico, misterioso, oía clara y distintamente mi propia respiración, trabajosa y sibilante.

Volví a emprender la marcha, pero, pisé, sin querer, en falso y me desplomé ruidosamente en una laguna de agua. Estiré los brazos como un náufrago, me arrastré hasta alcanzar un oasis de hierba y allí arrojé una bocanada de aliento semejante al bufido impetuoso de un buey empantanado... Quise incorporarme, pero ya no podía más, no podía más... Estaba derrengado.

—Bueno... bueno... — resollé. — Esta noche tendré que dormir en el barro... Parece que Dios quiere probar mi resistencia...

Después de alimentarme pésimamente durante varios días emprendí aquella marcha forzada. A las dos horas de mi partida, el cielo se descompuso y "La Charqueada" quedó atrás mío como una mancha horrible y maldita sumida en las nieblas del temporal. Columnas inmensas de polvo se alzaban en el espacio y las briznas de paja hacían tirabuzones sobre las tejas musgosas del caserío.

Recuerdo, que, al salir, atormentado por el hambre, enloquecido, ciego, salté las tapias de una huerta abandonada, donde comí como

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

una rata dos raigambres de coles secas, duras y leñosas, cuyas fibras con intermitencias me cosían ahora despiadadamente los intestinos.

A eso del medio día distinguí un rancho construído con troncos de palmeras, pobre y destartalado, debatiéndose desesperadamente contra el huracán en el plano de una cuesta arenosa y risueña. Supuse que lo habían abandonado y me arrimé a grandes trancos.

Adentro, llovía lo mismo que afuera. Las criaturas, pálidas y sucias, una completamente desnuda y la otra acostada en un cajón bajo unas cuantas bolsas, chillaban desconsoladas. Una mujer joven, delgada, de ojos azules, amables y semblante de cobre, salió a recibirme. Todo su equipo lo componía un vestido de luto, mal ceñido y roto en diferentes puntos. Una desgarradura horizontal ponía al descubierto sus minúsculos senos, húmedos y amarillos, que envolvió rápidamente con sus brazos en cuanto yo le clavé los ojos. La pobre, estaba como yo descalza y probablemente como yo, tenía hambre y frío. Bajó la cabeza avergonzada, puso un pie sobre otro y mientras me decía algo en portugués, ocultaba la emoción del encuentro, trenzando sus dedos desnudos y embarrados. Aunque no entendía bien el portugués, noté desde el principio que la mujer me tuteaba y me llamaba indistintamente *hijo mío* o *hermano mío*.

Yo le quise hablar en seguida de mi situación, le quise contar mi desgracia; le quise mostrar uno por uno todos los rasguños de mis piernas, pero los dientes me castañetearon tanto que apenas pude pronunciar medias palabras y hacer algunas muecas horribles, las cuales, no obstante, conmovióronla profundamente. Mi aspecto, además, era elocuente: decía todo lo que yo no podía decir. No tenía ropa interior, ni sombrero, ni zapatos: sucesivamente había perdido la camisa, los calzoncillos, la gorra, hasta quedar con una tricota de lana azul que yo ceñía con una correa sobre un pantalón de paño, a la manera rusa. La melena me caía sobre los ojos como un cojinillo empapado de aceite, mientras las gotas de agua recorrían con entera libertad todo mi cuerpo flaco, chupado, entumecido... Mi carne huérfana temblaba de hambre y de frío.

Lo confieso sin rubor, con sinceridad: tuve ganas de postrarme de rodillas y decirle, decirle así:

—Tengo hambre, hermana... Dame cualquier cosa: un pedazo de sebo, por ejemplo...

Pero reaccioné inmediatamente ante la belleza primitiva y sucia

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

de aquella mujer semidesnuda y joven y una ola de humillación me encendió la cara. Tiré la maleta contra el suelo y me senté sobre ella a descansar en silencio. La mujer me contemplaba con ojos tristes y compasivos. Una piedad muy grande la animaba. Lo noté en sus labios contraídos, en su frente pensativa, en sus brazos abandonados y en todo su semblante de cobre iluminado por resplandores bermejos. Volvió a bajar la cabeza, sacudió ligeramente la mata de sus cabellos negros, se retorció las manos como una cuerda y me dijo tartamudeando:

—Es.. tou po... bre fillo me...u... Nao tenio nada pra darte... na...da... na...da... Eu sin... to ter que dizerte isto as... sim... assim...

Luego, me explicó como pudo y yo entendí a mi manera que su marido volvería por la noche y "tal vez trujese" algo de comer. De las dos criaturas la menor estaba enferma y se ahogaba entre las flemas de un catarro viejo, punzante, gruñón... A fin de preservar su cuerpito de las innumerables goteras que partían del cielorraso, la *madre* le había puesto a manera de contratecho, la tapa de un baúl encima, suspendida por un balancín de alambre. La otra que estaba sana, chapaleaba en el pavimento y lloraba a ratos con barro hasta las narices.

—Entra — me rogó la mujer esforzándose por hablar castellano. — Te vou moustrar meu fillo doente... Está mau o pobreciño, muito mau... Anoite cuasi morreu... Escuta cómo unga... ¿Ovís? Eu nao sei que fazerlle... nao sei...

Arrojé una mirada furtiva al interior del rancho y ví un montón de cacharros miserables que se alzaban como fantasmas en una penumbra oleaginosa y lúgubre.

Entramos. La mujer, puesta en cuclillas, empezó a despojar el cajón de las bolsas que olían fuerte a fiebre y a humedad, hasta que descubrió una criatura horrible que más bien parecía un viejo lleno de arrugas, escuálido, amarillento, cadavérico... Sus carnes fofas se adherían a los huesitos de las costillas que se marcaban como arcos de celuloide a través de un pellejo marchito y trasparente, en tanto que el vientre, abotargado, hidrópico, rojo, hervía bajo las llamaradas de una escaldadura de orín que serpenteaba alrededor de los muslos hiriendo de paso las partes más delicadas del cuerpo humano.

Hubo un silencio terrible... Se me escapó alguna palabra.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

—¿Qué e que tu dizes?

—¿Yo?... Nada, nada...

—Aconsella-me, fillo meu... Tu que vens da cidade, dizme, dizme: ¿qué pousso fazerlle?

—No sé nada, no tuve tiempo de aprender nada... ¿Sabe usted? Soy un burro... Sí, sí, he trabajado siempre, largo aquí y me ato allí, en todas partes me explotan, en todas partes me pegan... ¿Ve esta marca? ¿La ve usted? Me la hizo el capataz de "La Charqueada".

—Pobre, rapaz...

—¿Pobre? ¡Ah, sí! Pobre, pobre, pobre...

Me desahogaba repitiendo muchas veces una misma palabra.

—¿Sabe usted por qué me tratan así? ¡Porque no tengo madre, porque soy guacho! ¡Ah, cuando ella vivía, cuando ella vivía yo me llamaba Alfredo! ¿Lo ignoraba usted, verdad que usted ignoraba mi nombre, mi verdadero nombre! Pero, desde que ella murió voy así rodando, solo, dolorido, ignorante, cansado...

Lo volvió a cubrir y pasamos a la cocina donde crepitaban algunos troncos húmedos y verdosos. Me senté sobre el fogón y la señora empezó a cebar mate. Mi estómago vacío los recibía con voracidad, pero pronto se resentía y protestaba con un sordo rumor de cañerías huecas...

Por la ventana se distinguía un firmamento brumoso donde danzaba atropelladamente una tropa de nubes pesadas y taciturnas. La más delgada, rompió el concierto de los cielos y bajó a la tierra luciendo una corona de seis rulos entrelazados; entró a la cocina, luego desapareció en el rancho...

—Hay una sombra que sigue mis pasos — dije en voz baja a la mujer — ¿no la vió usted pasar? Ahora está con el niño, está consolando al niño... ¿Oye? Ya no llora más...

La mujer me dió otro mate lavado que yo no me atreví a rechazar. Al poco rato, me descompuse: quedé sucesivamente pálido, rígido, desfigurado...

—¿Tem muita fome? — me preguntó suspendiendo la tarea.

—Sí, sí, tengo hambre... — me apresuré a contestar sin saber lo qué decía.

Me serené algo y añadí:

—No es la primer vez que me sucede esto. Una vez en Tacuarem-

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

bó me pasé cuatro días sin comer nada... Otra vez, tres... Otra vez, dos... Estoy acostumbrado...

Hubo un silencio largo, embarazoso, mortificante, durante el cual no se oía más que el silbido del viento y los nudillos de la chaparrada, sobre el dorso de las palmeras. La mujer tomó una resolución heróica y se perdió en la penumbra oleaginosa y lúgubre del rancho. A su regreso, me extendió una galleta dura que traía en la mano.

—Toma — me dijo llorando. — E o único que temos, o único... A queiría guardar pra meus filliños, mais...

Cogí la galleta dura y le dí un beso. La mujer me dejó solo, tal vez para que me la comiese sin recelos, pero después de reflexionar *mucho con ella en la mano, resolví dejarla* sobre el fogón y marcharme. La coloqué en un tarro de lata. La galleta era rubia como una espiga de maíz, espléndida, dorada.

De repente me asaltó una idea instantánea:

—Me voy a comer la puntita — pensé — y nada más... Eso es: la puntita, el tubérculo más pequeñito...

Así lo hice. En seguida, caí en la tentación de comerme otro pedacito, después otro más... Cuando quise reaccionar me la había comido toda.

Me despedí confuso, avergonzado... El remordimiento me venía exprimiendo la conciencia. Me hacía así, así...

Ahora que estaba tirado en el barro pensaba en la galleta que había sustraído al estómago de aquellas criaturas mustias y me revolvía como un gusano estaqueado en la tierra por una flecha caída de las alturas.

Probé a levantarme nuevamente y sentí unos dolores bruscos que me hormiguearon las piernas, algo así como si un juego de agujas finísimas hilvanase mis conyunturas en una carrera vertiginosa. Saqué una manta desflecada y pringosa de la mochila y me hice un ovillo sobre el cieno frío, en mitad del callejón.

Arriba, el cielo se estremecía convulsivamente abriendo y cerrando las válvulas *eternas de sus manantiales infinitos. Desde lo más* alto del paraíso, los truenos se precipitaban como moles de piedras gigantescas y se hundían en las profundidades de la tierra mojada y fría.

Un pájaro rampante batía sus alas negras alrededor de mi cuerpo, *iba y venía. Graznaba frenético y victorioso como si ya me tu-*

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

viese entre sus garfios triturando mis entrañas. Para no ver sus ojos inquietos y voraces hundí la cabeza todo lo más que pude en el pasto.

Un temblor de muerte me recorrió el cuerpo. Experimenté un miedo cerval que me sumió repentinamente en el caos de la primer infancia y me puse a rezar.

"En el nombre del padre, en el nombre del hijo..."

Una masa peluda y mojada onduló sobre mis espaldas y cinco garras agudas me comprimieron el cráneo.

"Debe ser una serpiente — pensé — una culebra enorme que quiere enroscarse a mi cuerpo para devorarme".

Tu sombra, aquella sombra fina y taciturna con seis rulos castaños y dos ojos verdes, aquella sombra cristiana que siguió siempre mis pasos sustituyendo la luz muerta de mi cerebro, desapareció. El terror de la soledad absoluta, entonces, me paralizó la sangre. Se me aflojaron todas las articulaciones y caí en un estado de renunciamiento completo. Yo no sé por qué en ese momento difícil me acordé que tuve una madre y la evoqué en mi memoria con el objeto de que me amparase. Consideré lógica la idea de que ella surgiera de la tumba y se interpusiese entre su hijo inerme y la culebra armada de garfios venenosos.

La masa peluda y mojada evolucionó nuevamente sobre mis espaldas, me palpó de arriba abajo, hizo un cacheo siniestro y al fin optó por sacudirme con violencia. Me quité la manta y miré... No puede contener un grito instintivo:

—¡Mama!...

Al principio no ví nada, ciego de terror; en seguida, perfilé los contornos de un monstruo cinudo, feo, horrible, cuyas muecas aumentaban mi espanto; al final, advertí que lo que tenía presente era un mono de unos 80 centímetros de altura, compungido y lloroso.

—¿Qué te pasa, hermano? — inquirí una vez transcurrido el miedo.

El mono me enseñó un brazo y se valió de una mímica desastrosa para indicarme que lo tenía dislocado.

—Seguramente — lo reprendí — te caiste de un árbol...

El mono no me dijo ni que sí ni que no.

—¡No lo niegues!...

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

Entonces, me contestó con ciertos visajes que yo interpreté así:

—La tormenta, hermano, me tiró al suelo...

Quería resarcirme del susto increpando en voz alta al desconocido que me lo había provocado.

—¡Ah, la tormenta! ¿La tormenta, no? ¡Siempre culpamos a los demás de nuestras culpas! ¡Bonita filosofía la tuya, macaco mentiroso! ¿Eh? ¿Vienes a pedirme un servicio y me das un susto terrible primero y luego pretendes engañarme *con muecas*? ¿*Acaso* no sé yo que andabas haciendo piruetas por las ramas y te desplomaste por tu culpa, por tu grandísima culpa? ¡No me digas que no!

Casi le doy un tirón de orejas.

—Bueno, bueno — dispuse como si se tratase de una persona —, vamos a ver si te lo arreglo... ¿sabes? Yo no soy malo; tengo un corazón tiernísimo, nunca he matado a un gato, ni siquiera a un gato... En el barrio donde me crié me llamaban *santo* porque llevaba el hábito de la Virgen del Carmen.

Quería disculparme, demostrarle que mi amonestación tenía el noble fin de prevenirlo contra nuevas caídas, que lo hacía por su bien.

El mono me entregó el brazo enfermo y se sometió dócilmente a una serie de manipulaciones torpes y violentas. Gracias a una de esas grandes casualidades se lo ubiqué inmediatamente en su sitio. A fin de completar la cura, arranqué otra lista del pantalón y le *hice un vendaje compresivo*, se lo enyesé con trapos...

Aquí sucedió algo curioso: el mono profundamente agradecido me abrazó con verdadera efusión y desapareció luego entre las nieblas espesas de los pajonales.

Me arropé en la manta muerto de sueño y de fatiga, puse las manos en cruz y mascul'é desarticuladamente una oración religiosa. El pájaro negro seguía rondando, subía, bajaba y me acariciaba con el ala, sin duda, para cerciorarse si estaba vivo o muerto. Sus graznidos colocaban una nota tétrica en la danza salvaje del vendaval.

—Cuac-ac... cuac-ac... cuac-ac...

Sentí que me dormía o que me moría...

* * *

Hacía unas horas que dormía profundamente cuando me pareció oir en sueños una tropa que se aproximaba con rumor de cascos y

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

de cencerros. Desperté sobresaltado y me senté en el barro.

La lluvia continuaba menuda y fría.

En efecto, un bulto informe, fantástico, con una luciérnaga oscilatoria en el rostro, se acercaba. Cualquier objeto en aquellas regiones negras y desoladas me producía un miedo atroz. Sin embargo, el bulto fantástico, era una carreta tirada por seis bueyes, que llevaba, al parecer, un hombre en la caja y un negrito en el pértigo. La oscuridad era tan densa que no me permitió verle la cara al hombre; en cuanto al negrito supe que era negro y que iba en el pértigo porque así me lo aseguró el hombre.

Interpelé al carretero que resultó ser oriental, medio castellano, medio portugués.

—Buenas noches...

Una voz del otro mundo, contestó:

—Güenas, meu fil'o...

El frío me cortaba las palabras, entorpecía mi cerebro; la indecisión y el miedo me hacían repetir:

—Buenas noches... Buenas noches...

—¿Pra onde vas, meu fillo? — inquirió la voz anónima y profunda.

—Para las canteras... ¿Estamos lejos, todavía?

—Umas duas legüiñas... Si tu queres eu posso levarte; vou pra la a buscar pedras... Sube, rapaz...

Subí. La carreta estaba empapada y vacía. El frío era terrible. Los monos sollozando constantemente en las tinieblas, me enternecían. Esta vez llegué a suponer que tenían frío por culpa mía.

—Pobres, monos: — le dije al carretero — tienen frío.

—¿Os monos? — exclamó éste, turbado por semejante pregunta y adoptando repentinamente el castellano, su idioma primitivo. — ¡Ah, sí, sí! ¡Pobres bichos! ¡Se mueren de frío como nosotros!

—Lo que me da más lástima a mí — agregué — no son precisamente los monos viejos que ya están curtidos, sino los monitos, los monitos abandonados, esos a quienes todo el mundo se cree con derecho a castigar con un rebenque... ¿No siente cómo lloran? Es llanto mismo... En cambio, los grandes, esos trompudos, picados de viruelas, no lloran, rebuznan...

—Pobresitos... Los güeyes también sufren, todos sufren...

—Hace cuestión de unas horas — le confesé enternecido — me despertó un macaco que tenía el brazo fuera de su sitio: le ase-

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

guro que experimenté una gran compasión y se lo compuse... Creo que se lo compuse.

—Solo cuando están enfermos los macacos se acercan; cuando están sanos huyen como condenados y le pegan si uno se descuida un cocazo en el mate.

Por el camino, pasamos revista a la situación de los animales frente a la naturaleza. Todos tenían un nido o una cueva, menos yo y el carretero que vivía sobre la carreta, pero, a pesar de esta ventaja, ninguno podía resistir impune las cargas furiosas de la tempestad. Las vizcachas se veían expuestas a un naufragio perenne y las hormigas tenían que trabajar toda la noche para defender sus larvas. Vuelta a vuelta, una ráfaga de viento derribaba la casa de un hornero, entre cuyos escombros perecían los pichones o un rayo incendiaba el cubil de dos nutrias matando de paso a los cachorros.

—Los que están bien — observó el carretero — son los sapos y las culebras... Siente cómo cantan, rapaz...

La carreta avanzaba perezosamente amasando el barro con sus poderosas llantas y dejando una huella ancha y profunda en el callejón desierto. Su carrocería primitiva y burda se destroncaba chirriando indefinidamente y en los trances difíciles amenazaba deshacerse contra los tacurúes. Uno que otro carancho hambriento, nos seguía. Sus graznidos sonaban como una descarga de piedras.

Me refugié bajo el poncho del carretero, acosado por la temperatura cada vez más inflexible.

—¿Sos oriental? — me preguntó, tal vez viendo la libertad que me tomaba. — Te digo esto porque todos los orientales son confianzudos y sinvergüenzas: yo soy oriental.

—Yo también — declaré con singular tristeza — pertenezco a ese país sombrío...

—Pobrecito — me consoló — ¿a qué sos guacho?

—Sí, sí, no tengo madre, ni padre... ¿Cómo lo adivinó usted?

—Porque en la Banda Oriental abundan los guachos... Allí no saben hacer hijos de acuerdo con la ley...

—Pero yo soy huérfano... Mi madre...

Le empecé a contar la historia de mi madre, mis caminatas a través de las sierras uruguayas, mi tribulación espiritual, el estado borroso de mi inteligencia: en poco tiempo vacié mi corazón.

A las cinco el agua cesó por completo y a las seis de la mañana

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

estaba frente a la bahía, encaramado sobre el vértice de una colina verde y plateada a trechos por piedras descomunales y preciosas. Saludé al carretero sin verle la cara, me senté en un banco de tierra y esperé la aurora. Nieblas espesas y difusas cubrían completamente el panorama.

Sentí unos pasos indecisos a retaguardia. Me di vuelta y quedé sorprendido: dos monos jóvenes y simpáticos se aproximaban con recelo, tironeándose recíprocamente y dándose algunos codazos. Uno de ellos, era, sin duda, el que atendí por la noche: lo reconocí en la lista del pantalón que todavía le rodeaba el brazo; el otro, era, tal vez, su compañera. Uno se sentó a mi derecha mientras el otro ocupó resueltamente la izquierda y ambos me estrecharon nerviosamente los brazos.

—Hola, hola, — exclamé reconfortado por esta prueba de afecto — parece que ustedes quieren ser amigos míos...

Los monos se miraron, consultáronse luego y al fin se pusieron de acuerdo, para pronunciarse:

—Así es: queremos ser buenos amigos — entendía.

—Está bien — contesté — muy bien; entonces, la correremos juntos... Palizas, no van a faltar, hambre tampoco, trabajo, trabajo pesado, duro, cruel, menos... Ya verán, amigos míos, cuánta miseria hay en este bajo mundo.

Me creí en la obligación de explicarle mis proyectos.

—Yo — empecé — voy a las canteras a trabajar de peón... Allá abajo...

Los monos clavaron sus ojitos saltones en el sitio hacia donde yo extendía la mano. En este instante el sol aparecía como un ascua inmensa y roja sobre los acantilados dormidos dando un aspecto dantesco a las piedras que se extendían en una cadena multicolor y brillante a lo largo de la costa.

A mis pies, una playa nítida y blanca como un encaje de festón bordeaba los murallones que protegían la ciudad contra las crecientes del río que promovía el furor intestino del Océano Atlántico. Las olas parecían cilindros sinfín amenazando constantemente arrollar las dunas superpuestas de la ribera. Al pie de un valle dilatado y fresco se levantaban orgullosas las canteras, en tanto que en el bajo, aquí, allí, como paraguas verdes se columpiaban los cocoteros en cuyas copas magníficas reverberaban aún las últimas gotas de la lluvia.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

La luz progresaba paulatinamente. El valle parecía estar alfombrado por guijarros marrones y limitado por senderos color ceniza, por los cuales, se veía marchar en procesión a los picapedreros con las herramientas al hombro, encorvados y rotosos. Sobre sus cabezas tristes, en aquel país maravilloso, el sol ascendía brillante, soberbio, terrible, soltando fulgores rojizos en el abismo negro de los acantilados.

Desde esta colina que enfrenta la playa se puede abarcar en toda su amplitud el panorama estupendo y radioso... Los monos permanecen mudos y recogidos buceando con miradas inteligentes el lecho de la bahía donde reposan algunas barcas de dos y tres palos mientras una que otra boya despierta a los gritos alegres y bulliciosos de las gaviotas.

Me eché boca abajo como un tirador. Todo esto que estaba viendo era superior a mi desgracia. Me asaltaron deseos de besar la tierra, de acariciar la cabeza dorada del sol y de oprimir los senos turgentes de la playa. Por mi semblante mustio relampagueó el carmín de la inspiración poética. Mi pensamiento se tornó claro y puro y mi cuerpo, mi cuerpo de gitano, me dió la impresión que se disponía dejar los harapos que lo cubrían para subir al cielo. Los monos suspiraban en silencio, acurrucados a mi vera, formando conmigo un núcleo solidario.

Allá, a lo lejos, se destacaba una farola antigua, envuelta entre la espuma de la marejada que la besa continuamente.

El alma de las piedras, despierta... Se oye una canción desarticulada de barretas y marrones degollando el cuello inocente de los adoquines. El repiqueteo es insoluble, pertinaz, monótono. El crimen empieza de mañana y termina de noche en un charco de sangre terrosa... Las piedras no se defienden ni se quejan, pero traman la venganza: su espíritu mira con rencor inalterable el rostro siniestro de los asesinos. Al menor descuido, salta una escalla como un puñal y se venga del criminal vaciándole un ojo.

Bajé al valle que resultó ser un jardín silvestre, florido y oloroso, con jazmines y madreselvas. Cuando estuve cerca de la primer cuadrilla, pensé:

"Si me presento con los dos monos no me darán trabajo".

Entonces oculté la mochila en un hueco poblado de cangrejos y les hablé sinceramente:

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

—Ustedes me esperan aquí — declaré. — Si vamos los tres juntos es muy probable que no nos den audiencia...

Los monos quedaron, en suma, satisfechos con esta explicación sucinta y asintieron varias veces con la cabeza. Me deslicé por un caminito ceniciento y al primer hombre que encontré trabajando, le interrumpí:

—Yo vengo — dije a buscar trabajo... Me dijeron que aquí necesitaban *peones*. Soy flaco, pero resistente...

El hombre tenía una expresión de granito rojo en la cara, chamuscada aquí, allí, por el polvo fino y corrosivo que levantan las barretas. Empezó a examinarme la musculatura prolijamente, pero en silencio. Sus ojos de piedra recorrían con dureza todo mi cuerpo, desde mis pies descalzos y sangrientos a mi cabeza embarrada y desnuda; se detuvieron largo rato en el boquete del pantalón que había originado la extracción de las listas.

—Vine a pie desde "La Charqueada" — agregué. — Salí ayer por la mañana y la lluvia me sorprendió anoche en el camino... Tuve que dormir en el barro... ¿Sabe Vd.? Sí, sí, en el barro... Por eso estoy así desfigurado...

Más tarde, como una plegaria, imploré:

—Tengo hambre...

Dos obreros mulatos, angulosos y ceñudos se detuvieron a escuchar, visiblemente enternecidos. El hombre no mudó para nada su expresión de granito rojo, cambiando de sitio, mientras me observaba, un naco que tenía en la boca. Todo su cuerpo de gigante parecía tallado en piedra bruta a fuerza de penosos martillazos. Se enderezó como un obelisco, escupió ruidosamente sobre una pila de lozas y me dijo adelantándose por el caminito color ceniza:

—Vamos...

Lo seguía con cierta desconfianza.

—"¿Adónde me llevará? — pensaba. — Es capaz de entregarme a la gendarmería. ¿Y si coge un látigo? ¿Y si coge un látigo y empieza a gritar: ¡a ele!, pega a ele, pega, pega que e guacho?"

Mientras andábamos, me asaltó otra sospecha:

—"Ahora se dará vuelta — discurrí — se dará vuelta y me soltará un insulto grosero, terrible, una blasfemia hedionda de esas que no se olvidan nunca."

Sin embargo, el hombre me condujo a un rancho de lozas en el

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

cual había un colchón de plumas sobre dos tirantes, una olla de comida en el suelo y varios cubiertos de lata.

—Aquí tem, meu camarada — dijo con lentitud el hombre señalando los objetos del rancho. — Isto colchao de plumas o deixou outro rapaz que moraba qui, porque ele diz que hay diabos adintro... Vocé o pode aproveitar...

—¿Diablos adentro del colchón? — exclamé. — ¿Cómo es eso?

El otro señaló la olla.

—Aquí tem pra matar o bicho... Si vocé quer traballar pode empezar amañá... Hoje pode-se deitar.

Dijo y se marchó revolviendo el naco en la boca. En cuanto quedé solo me acometieron deseos animales de lanzarme sobre la olla y devorarme todo lo que en ella había con fruición, gruñendo como una bestia y restregando mi hocico diabólicamente, pero, en seguida, me acordé de los monos y fuí a participarle la noticia. Allá estaban los pobres aburridos y hambrientos como dos personas en sociedad.

—Bueno, muchachos, — les anuncié — hemos encontrado trabajo, comida y albergue...

Cuando hablé de *comida* los monos pararon las orejas sonrientes, alborozados por un optimismo de origen puramente intestinal.

Arribamos al rancho de a dos en fondo conmigo a la cabeza. Antes de empezar el banquete, hice una pantalla con mis manos y grité tres veces hacia la colina:

—¡Quién quiere comer? ¡Quién quiere comer? ¡Quién quiere comer que venga!...

En vista de que nadie comparecía me serví una ración abundante en un plato de lata y le di el resto a mis compañeros quienes se repartieron la olla con bastante ecuanimidad. Indudablemente, se querían mucho y eran como yo supuse al principio, macho y hembra.

Me acosté sobre el colchón de plumas, los monos me imitaron, y yo con el corazón henchido de gratitud me quedé profundamente dormido dos días y tres noches.

* * *

Desperté al tercer día cuando todos sin conocerme me daban ya por muerto o momificado.

Trabajé como peón un mes, dos meses... Mi tarea era monótona y recia, estaba desprovista de todo interés y se refería a enchufar

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

y desenchufar una barreta de acero cada vez que el marronero descargaba un golpe. Para facilitar la entrada y la salida del punzón y el escape del limo amarillo y terroso de la piedra perforada, tenía que remojar el hoyo constantemente con una latita de agua. Lo único interesante de mi ocupación consistía en los múltiples peligros que su cumplimiento encerraba. Por ejemplo: del llano a la cumbre había unos 60 metros: podía ocurrir allá arriba un desprendimiento y aplastarme definitivamente. Otro peligro, para mí que hacía jugar la barreta sentado sobre una lona, era, si el marronero erraba el golpe: me hubiera descargado en el pecho una maza de 15 kilos.

Sucedió, al poco tiempo de encontrarme allí, un caso análogo al que supongo: un marronero corpulento falló el golpe y le hundió la maceta a otro obrero en la caja torácica, haciéndole añicos una porción de huesos y provocándole instantáneamente una hemorragia interna. La víctima se puso sucesivamente roja, morada, negra; toda su sangre empezó a afluir con vértigo a la cabeza, subía, subía, dándole a ésta proporciones espantosas, hasta que por último se transformó en una bola de fuego enorme que reventó como una granada.

Aquel día no se trabajó más en las canteras y durante mucho tiempo la visión del muerto teñía de lividez cadavérica el rostro de los peones.

No obstante, el que machacaba mi barreta era un negro grandote, sereno y adusto; no se emborrachaba nada más que los domingos y poseía una pulsación segura y firme. Su musculatura era ostensiblemente poderosa y atlética, pero los rasgos de su cara eran inmutables como las piedras. Sus movimientos también eran ásperos y duros: se plantaba en la tierra como un poste y caminaba con la tiesura de una estatua, empero, era todo él así grande y gigantesco, un hermoso ejemplar de la raza y yo le admiraba respetuosamente. Acompañaba las descargas del marrón con un quejido de aliento, diáfano y poderoso.

Los ruidos de las canteras, aguzando el oído, eran siempre distinos, repetidos por herramientas diversas y personas diferentes. No se oía más que un repiqueteo incesante de fierro viejo, mohoso, gastado; una sinfonía desapacible, moribunda, un clamor fúnebre que llenaba el valle y se perdía llorando a lo largo de la playa, nítida y blanca... A las 11, cargaban con dinamita los barrenos, en-

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

cendían las mechas huyendo las cuadrillas atropelladamente a devorar la bazofia del almuerzo en la penumbra de los cubiles, otros tantos ranchos sin ventana, sin luz y sin limpieza como el mío.

Arriba de los acantilados, el sereno recorría la altiplanicie previniendo a los transeuntes con su profunda voz de piedra:

—¡Barrenoooo! ¡Barreeeeno!...

Media hora más tarde explotaban casi simultáneamente, diez o doce barrenos produciendo un estruendo formidable que recorría las dunas superpuestas de la ribera, giraba alrededor de la bahía y se sumergía en las profundidades verdes del océano. Las piedras alcanzaban alturas considerables como si un volcán encendido y furioso las eruptara. Todas las aves de los alrededores remontaban el vuelo a la desbandada y los monos, azorados, estupefactos, se zambullían en un cajón y allí se hacían los muertos.

Desde la puerta de mi rancho entretanto la comida marchaba, con un pinche en la mano, frente a la olla hirviendo, contemplaba el espectáculo. Luego, tendía una mesa redonda en el suelo donde nos sentábamos los cuatro. A más de los monos, me acompañaba un ratón muy limpio, de pelo gris perla, gola blanca, hocico desdeñoso, saltarín, rumoroso, ingenuo, terriblemente ingenuo. Llevaba su inocencia al extremo de ocultarse en el hueco de mis botas de cantero; una mañana, al calzarme, casi lo aplasto.

Le arrojaba migajas de galleta y los monos me imitaban con cierta gravedumbre. En tales circunstancias, un día ocurrió algo extraño: los monos abandonaron repentinamente la comida y jipando de estupor se refugiaron en mis brazos desde los cuales echaban miradas de espanto hacia la puerta que bañaba el sol. Miré y distinguí una serpiente cuya piel escamada ofrecía el aspecto de un mosaico de colores vivos y risueños y cuyos ojitos afligidos me contemplaban con hambre. El hambre tiene una mirada especial que yo conozco perfectamente. Le tiré un pedazo de carne que devoró en seguida; después, otro; cuando estuvo satisfecha, se marchó.

En este momento la teníamos otra vez frente a la puerta sin atreverse a entrar, pero, naturalmente, esperando su ración de comida.

—Muy bien; — participé a los míos desbordando afecto — la familia aumenta: ya somos cinco... Adelante, serpiente, hermana serpiente...

La serpiente entró a mi madriguera y desde entonces vino diaria-

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

mente a la hora de comer con regularidad cronométrica. Me hubiese gustado tener conmigo una gaviota a fin de poder acariciarla y contarle una por una, todas sus plumas blancas y bruñidas como la playa... O sino una bandurria negruzca de las tantas que desfilaban en bandadas triangulares hacia la caída de la tarde rompiendo el silencio crepuscular de las barrancas; o, en último caso, una lechuza triste, un murciélago funerario...

Yo dormía sobre el colchón de plumas y los monos se regalaban, brincaban y se expurgaban sobre un cuero que robaron en una de sus tantas correrías de pillaje. El ratón se había hecho una cueva pero no se acostaba mientras yo no apagase la luz, merodeando en tanto por encima de la mesa o ronroneando en el platillo del candelero. Se dijera que era un niño infinitesimal girando alrededor de una plaza imaginaria.

El ratón era un compañero dócil y cariñoso, de sentimientos delicados, fino de trato, pero los monos poseían una sensibilidad extraordinaria, explosiva y bullanguera. No podían negar que descendían de los trópicos. A veces se me prendían al cuello furiosamente como dos rapaces sinvergüenzas, me zarandeaban sin compasión, me tiraban de los pelos, reían y chillaban como demonios.

Reían con la letra "i", lloraban también con la misma letra; no logré a pesar de mis esfuerzos persistentes meterles el abecedario en la cabeza. Una vez la lavé la cara al macho y fué lo suficiente para que se lavaran luego, todos los días, macho y hembra. Ciertas cosas las aprendían con suma facilidad, como por ejemplo, espumar la olla, barrer el piso, cazar moscas, pero en otras revelaban una incapacidad absoluta.

En cuanto nos despertábamos corríamos a la costa a darle los buenos días al agua del río. Quise extremar la higiene y sucedió algo lamentable: los monos permanecieron dos días fuera del rancho a resultas de un magnífico baño de inmersión que les pegué punto menos que a la fuerza. Me valí de una treta indigna: me desnudé, cogí a los dos, uno en cada brazo y desde lo más alto de la *Piedra Negra* me arrojé al fondo del mar ululando de satánica alegría. Los macacos ganaron la costa bordeando despavoridos y huyeron como dos gatos a quienes les hubiese caído encima una palangana de agua caliente. Supuse que no vendrían más, que se habían enojado para siempre y ya me estaba afligiendo cuando una noche se presentaron los condenados, contentísimos, riendo con la

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

letra "i", brincando en cuatro patas como de costumbre, completamente reconciliados. Yo les previne:

—Si no se quieren bañar, no se bañen... ¿Oyen? Por eso no vamos a disputar... Yo lo hice con una intención saludable, pero ustedes le han dado una interpretación criminal... ¡Esa no es obra de cristianos! ¡Han dudado de mi amistad: me han ofendido!

Los monos me hicieron una caricia simultánea y me clavaron sus dos ojitos humedecidos y cristalinos implorando el perdón que les negaba. Algo apiadado, añadí:

—No está bien que me quede yo solo aquí con la serpiente y el ratón, no, no... ¿Por qué me abandonan? ¿No saben acaso que no tengo a nadie en el mundo más que a ustedes? ¿No ven, no tienen ojos para ver que en todas partes me aislan porque soy guacho? ¿Que no hay desgracia más negra que la soledad? ¿Que nadie, nadie me quiere a excepción de ustedes?

De repente, tu sombra se irguió cerca de mí y me cortó la palabra, quedé mudo y pálido, alcé los brazos al cielo y te empecé a seguir en el vacío mientras tú te alejabas lentamente. Yo clamaba, clamaba:

—¡Irene!... ¡Irene!... ¡Irene!...

Caí de bruces sobre una piedra y allí quedé inmóvil, conturbado durante un buen rato. Cuando volví a recuperar el conocimiento reanudé súbitamente la admonición contra el mono macho que me examinaba con increíble curiosidad.

—¡Desagradecido! — continué. — ¡Mono desagradecido! ¿Por qué te fuiste? ¿Así me pagas, eh, así? ¿No te curé yo un brazo una noche sin conocerte? ¡Respóndeme!

Atravesaba, sin duda, una crisis nerviosa cuya causa secreta no podía penetrar el mono, quien, a la sazón me soltó una lluvia de sopapos para levantarme, quizás, el espíritu. La serpiente que dormía ahora con nosotros en un rincón del rancho donde se había hecho su cueva, al ruido de las bofetadas surgió silbando de las entrañas oscuras de los guijarros.

En las noches de tormenta silbaba frenéticamente y no me dejaba dormir. Al principio no le dije nada para que no lo tomase a mal, pero, una noche me levanté y le pasé una catilinaria en castellano.

—Aquí no se silba de noche, compañera — le reconvine seriamente. — Si usted quiere silbar, tenga la bondad de esperar que

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

amanezca el día. La noche se hizo para dormir, ¿no lo sabía usted?

La serpiente, entonces, dejó de silbar, pero se mostró en lo sucesivo más hosca que de ordinario. Llegué a suponer que los animales, aunque no sabían expresarse con sonidos articulados, entendían perfectamente nuestro lenguaje.

Los monos me divertían con sus travesuras, trepando las palmeras a fin de cascar cocos y esperando solapadamente a que pasara un desconocido para atracarle un cocazo. Poseían en este sentido una puntería admirable. En los días diáfanos y perfumados del valle, ascendían gozosos a la altiplanicie y desde allá arriba, gritaban y me soltaban cangrejos o mariscos que yo recogía invariablemente en la cabeza. Los estaba queriendo demasiado a estos bichos, me desvelaba por ellos y no sabía qué medio utilizar para llevármelos conmigo el día que retornase a Montevideo. El ratón, por lo menos, podía traerlo en el bolsillo y la serpiente, en cambio, sospechaba que no me seguiría aunque yo le ofreciera mi pecho hospitalario como vía de locomoción. Era muy desconfiada. Por nada del mundo podía conquistar definitivamente su corazón, su corazón de serpiente y me guardaba en todo momento una frialdad inexplicable. Recibía cuanto le daba con un mutismo arrogante, altivo, indiferente, como si fuese una obligación mía suministrale de comer y de dormir.

Yo consideraba que esto no estaba bien, no, no, no estaba bien... ¿Por qué me despreciaba si yo la quería igual que a los otros? ¿Por qué si yo la quería como quería a todos mis bichos; a mis pobres bichos?

¡Ah! las piedras, seguramente, el alma de las piedras para vengarse de mí que le perforaba el cuerpo, habíale trasmitido su eterna indiferencia, su aliento corrosivo y rencoroso. Sí, sí, las piedras tienen un alma vengativa, odiosa, fatal... Conocí un adoquín de recia contextura que le llevó los ojos al que lo labraba; conocí un bloque formidable que se arrojó desde treinta metros de altura, hundió dos carretas con 4 bueyes y extranguló a 3 hombres, y conocí un barreno que pulverizó a una criatura.

Cuando la piedra no puede matar, se conforma con herir y cuando no puede herir, se conforma con morder...

La serpiente se petrificaba, mordía con rabia la puerta, hería los árboles, mataba las gallinas. Si le hacía una caricia para apaciguar su cólera venenosa, el reptil se retorcía rápidamente como si se le

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

pasara un fierro ardiendo sobre las espaldas, se encrespaba irritado, extraía el aguijón y me apuntaba con él en los ojos.

—Tú no te atreverás a dejarme ciego — le decía sin retroceder, confiado en que no me haría daño. — No, no, no te atreverás... Si yo te quiero mucho, hermana, mucho, mucho...

Volvía a acariciarla. El aguijón, rojo de ira, se estremecía alrededor de mis ojos, danzaba, quería fascinarme, enloquecerme.

—¿No ves que tú y yo estamos hechos del mismo barro? — reflexionaba sonriente como si ella pudiese comprender la desgracia original que nos unía.

La serpiente continuaba rígida e inflexible en la misma posición amenazadora. Después, chicoteaba y se escurría entre las toscas amarillas y los cuarzos grisáceos como un chorro de fuego zizagueando por las breñas intrincadas del infierno. Sin embargo, era un animal bonito, vistoso, elegante, cuya piel reluciente y bruñida parecía repujada por un orfebre virtuoso en la celda de una cárcel; su agilidad era pasmosa: trepaba, zambullía, caracoleaba, subía y bajaba los acantilados con una rapidez vertiginosa: se hubiera dicho al verla descender desde allá arriba con semejante velocidad que venía cayendo herida o moribunda. Su vestidura abigarrada era el único adorno de mi madriguera, pero, lo confieso, no me quería como me querían los monos y el ratón.

u cacos llevaban su cariño al extremo de interrumpir mi tarea en

Mientras estaba en el rancho el ratón no se apartaba de mí y los las canteras, se me subía uno sobre las costillas y allí se quedaba las horas perdidas expurgándome la melena interín yo hacía jugar la barreta adentro del hoyo. Durante sus frecuentes visitas se sentaban gravemente a mi vera, permaneciendo a veces toda la tarde, ante la estupefacción de la cuadrilla, que, gracias a mi presencia los respetaban. Estaba seguro que si yo no los hubiese cuidado, me los habrían deshecho a pedradas.

* * *

Trabajaba de sol a sol, rudamente, como en "La Charqueada". El limo de las piedras se evaporaba en nubes de oro y mediante la respiración se iba depositando como un veneno calcáreo en los pulmones, en el alma, en el corazón. Creo que el viento límpido que soplaba en la bahía, esa brisa perpetua que partía del Atlántico y

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

recorría libremente el valle florido y oloroso, los jazmines, las madreselvas, no era suficiente para salvarnos de esta intoxicación dorada.

El alma de las piedras se vengaba, indudablemente, minando de cisco el organismo de sus incansables asesinos.

Mi respiración se hacía cada vez más dificultosa. Ahora el trabajo me resultaba durísimo y penoso y la jornada, larga, muy larga... Antes que el sol se ocultase detrás de la colina lo consultaba muchas veces, le rogaba que descendiese para soltar de una vez y si hubiera estado en el cielo, lo hubiese precipitado en el ocaso...

Mi salud decaía. Me ponía cada vez más flaco. Mi piel iba adquiriendo un tinte terroso y lóbrego.

Todos los obreros, se me arrimaban condolidos para aconsejarme:

—Yante ben, meu camarada... Vocé por darlle de yantar a seus bichos vaise a morrer da fome...

En verdad, digo, estaba extraordinariamente delgado, ojeroso, traslúcido, amarillo... Sí, sí, me puse completamente amarillo, fuera y dentro del ojo, en la piel, en las uñas, en los labios... No percibía las variantes infinitas de la luz y mi visión era uniformemente amarilla, infatigablemente amarilla. No acertaba a definir lo que me ocurría, por qué había resumido todos los colores en un solo color. Clamaba, clamaba:

—¡Qué me pasa, Dios mío, qué me pasa? ¿Qué es esto que estoy viendo que no lo he visto nunca? ¿Por qué veo las cosas bajo un mismo color?

Ahora, cuando me acostaba sobre el colchón de plumas, dada mi delgadez, me hundía completamente, desaparecía... Una melancolía espectral iba plantando cruces en el cementerio de mi alma de gitano. Deliraba en la penumbra amarillenta de mi madriguera.

"Dios me maldijo — pensaba — y me condenó a marchar perpetuamente por el estercolero terrestre. Por rebelde, sí, por rebelde, por no querer llevar siempre el hábito de carmelita, me arrancó padre y madre y me condenó a la soledad y al trabajo... Por rebelde, un día se ensañará con ella, con sus rulos castaños, con sus ojos verdes, con su piadosa sonrisa: le enviará una enfermedad que la vaya consumiendo lentamente para que el castigo sea más severo... Tal vez, planea en este momento, remitirme más plagas para probar mi bondad, tal vez apiadado de mi desgracia quiere llevarme consigo".

Me encaraba con Dios, enfurecido contra mí mismo.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

—"Sí, sí, — gritaba, mascullaba, en portugués, en castellano — ¡castígame, castígame más! ¡pega, pega, pega a ele, a ele que soy yo, a ele que e guacho!"

Sufría alucinaciones durante las cuales recorría los acantilados medio dormido, medio despierto, rígido, atraído por tu sombra, que nunca podía alcanzar.

Me iba extinguiendo como una planta sin riego puesta en la oscuridad. Sufría derrames nocturnos que me deprimían el cerebro y me sumían en un estado de estupidez trágica. Ciertas mañanas despertaba inundado en un verdadero charco de semen. Tenía sueños atroces, oscuros, terribles: soñaba que las plumas, en cuanto apagaba la luz, abandonaban el colchón subrepticiamente y me chupaban la sangre. A veces, despertaba sobresaltado, oscurecido, ciego, como si una trompa de absorción me hubiese cogido una arteria y tirase pertinazmente con el propósito de vaciarla.

En seguida, oía algo que se desprendía del techo y se arrastraba precipitadamente por la tierra como una babosa gigantesca y derrengada.

Afuera, el silencio era casi absoluto: sólo llegaba hasta mí el rumor soñoliento de las olas que dormitaban en las dunas del ribazo. El alma de las piedras, silenciosa y fría, escrutaba los misterios de la noche, aquí, siempre desierta, tétrica.

Encendía la luz y me examinaba el cuerpo. Una pluma, que, sin duda, no pudo escapar, me mira aterrorizada, temblorosa; otra, para salvarse, se arroja de cabeza al suelo; otra, que quizás no me ha visto, sigue adherida a mi piel, chupando afanosamente.

En el seno del colchón pululaba un hormiguero, un monstruo tentacular se agitaba, había algo horrible y dantesco que ondulaba eléctricamente como una culebra. Se me nublaban los ojos y caía otra vez rendido. Si me llegaba a dormir, aprovechando mi agotamiento físico, las plumas se repartían el botín de mis arterias, se dividían los jugos de mi carne, las fibras de mis entrañas. Esto me producía pesadillas negras durante las cuales me debatía angustiosamente como un cordero en la boca de una pantera, luchaba a brazo partido, forcejeaba y rugía en las tinieblas de mi cerebro para despertarme. La desesperación terminaba recién de madrugada, cuando los monos, compadecidos de mi situación me despertaban a sacudidas.

—Gracias — les decía jadeante, rendido, extenuado. — Muchas gracias...

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

Me abrazaba desesperadamente a ellos y lloraba.

—No estoy loco, no — confesaba. — Pero las plumas, ¿saben? ¡las plumas me van a dejar sin sangre!

Luego me asaltaba una duda: ¿tienen vida propia las plumas? ¿tienen una trompa simulada que yo no distingo y con la cual me despojan la sangre? ¿o serán diablos, aquellos diablos de quienes me habló aquel hombre cuando yo llegué?

* * *

Caí en cama, esta vez enfermo, muy enfermo. En mi cerebro reinaba el caos y mis ojos seguían viendo todo amarillo, de un amarillo invariable, intenso. No podía hilvanar mis ideas ni podía puntualizar la causa de mi catástrofe física y moral. Pensaba indistintamente en Dios, en las plumas, en las piedras suponiéndole a cada uno de estos elementos facultades extraordinarias para alterar a su antojo el equilibrio de mi inteligencia, torcer el curso de mi sangre, martirizar constantemente la carne que cubría mi esqueleto.

Adquirí seguramente un aspecto cadavérico, porque en una visita que me hizo la cuadrilla en masa, oí que uno moviendo la cabeza, le decía a otro en confianza:

—A isto rapaz, restalle pouco tempo, sinao morre hoje, morre amañá...

Además, supe que en las canteras estaban levantando una suscripción para enterrarme. Esta generosidad de mis compañeros me hizo soltar muchas lágrimas, acentuó mi melancolía fúnebre.

Las sombras se sucedían en la penumbra de mi madriguera, iban y venían, me amenazaban algunas, otras como la de mi madre me acariciaba la frente: la tuya sonreía, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos encendidos... El fantasma de aquel niño a quien usurpé la galleta en un día de desesperación, se me presentaba a reclamar lo suyo.

—¡Dame la galleta! — gritaba. — ¡Asesino, asesino, asesino!

Mi vigor había disminuído notablemente; una flojedad de muerte paralizaba mis articulaciones y me venían mareos profundos y extraños: experimentaba la sensación de que la tierra se abría a mis pies y que yo me desplomaba en un abismo... Empecé a sospechar que las plumas mediante su habilidad innegable me habían cogido en una trampa de la cual no podría escapar jamás.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

Nadie venía a visitarme o si venían se marchaban inmediatamente quizás decepcionados al comprobar que aun no había muerto. La serpiente me observaba desde su cueva, enroscada, como un león que acecha a su presa. Su mirada despedía fulgores rampantes y lujuriosos: se dijera que me quería adormecer para calmar mis dolores y... devorarme. Los monos le habían retirado su escasa confianza y le dirigían continuamente miradas de odio, recias e incisivas. Un día, si yo no intervengo a tiempo con un grito, el macho, casi le aplasta la cabeza con una piedra voluminosa que esgrimía en la mano.

—¿Por qué la quieres matar? — le reproché — ¿No es acaso nuestra compañera? ¿No vive en sociedad con nosotros? ¿No siente como nosotros? ¿No sufre como nosotros?

El mono, me envolvió en una mirada inteligente y despectiva; soltó la piedra, se acercó a mi lecho, quiso hablar, pero no pudo. ¡No sabía hablar!

—¿No es acaso nuestra hermana, hermana mía, hermana tuya? — insistí.

Entonces, hizo un gesto terrible que yo traduje así:

—¡No!... ¡No, hermano, no! ¡Nunca podrá ser hermana nuestra, nunca, nunca! ¿Sabes por qué?

—Habla, habla, ¿por qué ¿por qué?

Me excitaba tanto que desfallecía: mi estado era lamentable. Gracias a los malones que pegaban mis monos podía alimentarme, aunque mi apetito era cada vez más insignificante. Vuelta a vuelta se presentaban cargados de huevos, cocos y gallinas, frutos todos, de sus frecuentes y arriesgados pillajes.

Se mostraban de paso muy afligidos. El ratón subío sobre mi cama apesadumbrado y se paseaba gimiendo por encima de la manta. Algunas moscas volaban alrededor de mi cabeza y se detenían con fastidiosa pertinecia en las ventanas de mi nariz.

La idea de morir no me aterraba tanto como la idea de abandonar a mis compañeros, la idea de dejarlos en la misma situación en que mi madre me había dejado a mí.

En efecto, ¿qué sería de mi ratón si yo desaparecía? ¿Y mis monos? ¿Qué harían los picapedreros de mis monos?

Me los matarían... sí... sí... ¡me los matarían esos canallas!...

* * *

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

Una noche me puse en guardia. Quería descubrir si en realidad eran las plumas quienes me chupaban la sangre. No haría una hora que había apagado la luz, cuando sentí que un bulto largo recorría mis piernas. Junto al muslo izquierdo se detuvo y me aplicó algo así como una ventosa cortada, pero absorbente, finísima y agradable.

Imaginé una pluma monstruosa dotada de una trompa de sanguijuela que me extraía la poca sangre que me restaba. A pesar del olor fuerte a fiebre, a suciedad y a cadáver en descomposición que reinaba bajo la manta, aventuré allí mi cabeza y pude distinguir clara y distintamente el compás de una trompa ebria que succionaba. Estiré la mano para atraparla y tropecé con una masa blanda, gelatinosa, horrible...

Era la serpiente, mi hermana, mi terrible hermana: ¡la serpiente!...

Pegué un salto y desde el lecho encendí la vela, lívido y aterrorizado. Pronto cundió la alarma entre los monos y el ratón asomó su cabecita espeluznada por el orificio de la cueva.

La serpiente se arrojó, al suelo, silbó diabólicamente, evolucionó como un relámpago y desapareció bajo el quicio de la puerta que daba al valle. Me levanté penosamente y al depositar mis pies desnudos sobre el piso frío caí de rodillas; sin fuerzas, casi desvanecido me tumbé al suelo y arañando la tierra, arañando, arañando, alcancé la puerta, abriéndola de par en par.

—¡Serpiente! — grité con todas mis fuerzas — ¡Maldita serpiente! ¡Maldita, maldita!

Volví a mi lecho y me puse a llorar.

—No está bien — le decía a los monos que se lanzaron sobre mí a fin de compartir mi mala suerte. — No... no... ¡me estaba chupando la sangre!... ¿No han visto? ¿No han visto que me estaba chupando la sangre? ¡A mí, a mí! ¡A mí que la quería tanto! La quería, serpiente como era, nada más que serpiente, reptil venenoso y malvado, la quería, ¡ah!, sí, sí la quería mucho, hermanos... ¿Por qué me hacía eso, por qué?

Y como si un solo sentimiento remachase mi corazón atribulado, repetía:

—No está bien... no... no... no está bien.

* * *

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

Los compañeros de las canteras tuvieron conocimiento del suceso y un exaltado me mató al ratón; alzó en vilo una bota erizada de púas y la dejó caer sobre su cuerpo menudo y aterciopelado.

¡Ah, esto era terrible! ¿Por qué pobrecito?... Veamos, veamos, ¿qué culpa tenía él que la serpiente fuese serpiente?

Sin duda, la serpiente era mala, pero el ratón era tan bueno, tan bueno... Cristo sabe que cuando yo estaba postrado en el lecho, amarillo, inmóvil, el ratón me cuidaba. Siempre lo tenía a mi lado como un asiduo enfermero, siempre, siempre... ¿Por qué entonces le habían pagado su trabajo con la muerte?

Ahora no lo podría ver más, nunca más... Lo he llorado mucho, mucho, sinceramente... Dejó un vacío en mi corazón ¿por qué no?, y aunque mejoré algo cuando pensaba en su muerte la fiebre subía nuevamente y otra vez se repetían los mareos y las alucinaciones.

Pude levantarme y visitar las canteras. No hubo ningún cambio sensible desde mi enfermedad hasta la fecha.

La suscripción para mi entierro, fracasó.

Recorrí las rocas de la ribera en busca del mono macho que había desaparecido misteriosamente. Hice un rodeo por la costa y al llegar a la *Piedra Negra*, lo encontré muerto, descompuesto y podrido, sirviendo de carnaza a una bandada de caranchos sucios y atroces que lo estaban despedazando sin piedad. Ante mi presencia, remontaron el vuelo perezosamente, tregua que me permitió ver al mono en toda su trágica desventura: le habían hundido el cráneo con una piedra...

Poco tiempo después, la mona se murió de tristeza y quedé yo solo, solo, en la penumbra espectral del rancho.

Sentí un desprecio sordo contra mis compañeros y me cerré con llave no sé cuanto tiempo. Cuando alguien llamaba a mi puerta, a ver qué me ocurría, yo le gritaba desde adentro:

—¡Asesino! ¡Yo no trabajo más con ustedes!

A veces oía un cuchicheo, después una explosión de carcajadas siniestras resonaba en el valle como una afrenta demoníaca a mi resolución profundamente cristiana.

—Sí, sí, — vociferaba yo como un energúmeno — ¡asesinos! ¡Me mataron el ratón y los monos!... ¡Cristo no los perdonará nunca, nunca!

Por la noche llegó tu sombra, abrió la puerta y me salvó. ¡Ah,

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

me salvó, me arrebató de aquel infierno! Empecé a deambular mecánicamente como un epiléptico, como un sonámbulo, sin mochila, sin saco, sin provisiones para el camino. Mientras atravesaba la playa te decía entre sollozos:

—Pobres monos... ¡Me los han matado! ¿Sabías tú que me los habían asesinado?

Recuerdo que miré hacia los acantilados por última vez, me saqué las botas y sacudí el polvo contra los murallones negros y soberbios.

Creo que tu sombra me dijo:

—Apúrate que es tarde.

* * *

En verdad, de verdad: era tarde cuando llegué a Montevideo en un estado de sonambulismo idéntico al que me poseyó antes de mi partida hace tres años.

Era tarde cuando llegué a la playa: todo allí estaba transformado, las murallas caídas, los árboles de Punta Carretas, secos, las riberas sucias, *El Terremoto* había desaparecido. Derrumbaron el conventillo donde me crié y el invierno azotaba con sus alas negras el viejo caserío de nuestra barriada, antes rosado y esplendoroso. Ambulaba por las calles de la ciudad como si fuese vacilando por entre los vericuetos de una catacumba milenaria.

El nombre de Dios se deshacía en mi corazón, saltaba en mi cerebro como un gato espeluznado de espanto corrido en una galería *subterránea por una jauría de perros rabiosos.*

Temblando de emoción me acerqué a tu casa, llamé a la puerta y salió una vieja espectral de cabellos blancos, los ojos hundidos, huesuda, misteriosa, apoyándose al andar contra las paredes.

¡Era tu madre! ¡Cómo está desfigurada y marchita! ¡Cómo ha envejecido en tres años!

Al principio no me reconoció porque estaba vestido como un pordiosero, una gorra de bandido, un tufo de pelo que me cubría, al caer, la cara, una tricota negra y alpargatas; pero después me abrazó y me besó *como cuando tenía 15 años.*

—¡Alfredo, Alfredo! — me decía llorando. — ¡No sabes lo que pasa! ¡Ah, no te imaginas lo que ha pasado! Irene... Irene...

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

—¿Dónde está Irene? — pregunté con angustia. — ¿Dónde está Irene?

—¿No sabes? Pero, ¿no sabes que ha muerto? Sí, sí, hijo mío, ha muerto, ha muerto...

Me contó tu historia, me relató minuciosamente tu agonía... Y yo he venido aquí a postrarme de rodillas sobre el fango helado de tu sepulcro, a pedirte que me perdones...

Por mis culpas, por mis gravísimas culpas, por todos mis pecados, perdóname...

¡Ah, por rebelde, sí, por rebelde, Dios que es tan bueno, me castiga así!...

... ...

Me puse de pie delirante, cogí mi gorra de bandolero y la hice pedazos entre mis dientes, se me crisparon los puños y clamé como nunca:

—Dios generoso... ¡Santo, santo, santo!... ¡Suéltame un rayo! ¡Suéltale un rayo a ele, a ele! ¡Pega, pega que e guacho!

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

DESAMPARADOS

Mi carne está vestida de gusanos y de terrones de polvo; mi piel abominable y rota.

Mis días fueron más ligeros que la lanzadera del tejedor, y fenecieron sin esperanza.

Los ojos de los que ahora me ven, nunca más me verán; la nube se acaba y se va; así es el que desciende al sepulcro que nunca más subirá.

Por tanto yo no detendré mi boca y hablaré con la angustia de mi espíritu y me quejaré con la amargura de mi alma: ¿qué te hice, oh Dios, para que me envíes esta carne horrenda que empieza en las plantas de mis pies y termina en la raíz de mis cabellos?

(*Sagradas Escrituras*).

En la imprenta del presidio, una cuadrilla nocturna, integrada por cincuenta condenados, espera, silenciosamente, la hora de comenzar sus tareas. Afuera, reina un frío espantoso. La calzada principal del edificio tiene una alfombra de fango líquido y el camino posterior, a raiz de las constantes lluvias del mes de agosto, se descompuso en profundos baches, donde los carros del aprovisionamiento se entierran hasta la masa. Hace tres días que un cielo despiadado y plomizo riega sin cesar la tierra obscurecida y pantanosa. Por las calles laterales, el torrente de las aguas caídas desciende con rapidez sobre los adoquines, inunda la planicie y serpentea casi perpendicularmente por los breñales de la barranca, en dirección al río.

La imprenta, amplia y simétrica, pintada de gris, herméticamente cerrada, instalada en la planta alta, comunica, por detrás con el patio y por delante, mira hacia la calzada principal que aparece allá abajo, desolada y tétrica. A través de los cristales opacos, rayados con las uñas, apenas se divisan los canteros del jardín, cubiertos de

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

un césped amarillento que sirve de lápida funeraria al esqueleto petrificado de algunas plantas caducas y nudosas. Rachas de viento ululan por el enverjado que resguarda la entrada arrebatando las últimas hojas secas a una fila de álamos desnutridos y achacosos que rechinan y se doblan, en libertad, al margen de la vereda. Frente a la puerta central, una sombra armada a máuser, con bayoneta calada, se acurruca en el cajón de una garita solitaria, tiembla y solloza como un alma en pena. Sobre las almenas, en los torreones, bajo el cobertizo del patio, en los corredores, arriba, abajo, un ejército de sombras con el brillo de las bayonetas puntiagudas, rasga la obscuridad de la noche avizorando el huracán con ojos de piedra, acecha y olfatea el abismo negro con el instinto.

De vez en cuando un grito de alerta ondula de sombra en sombra, cascabelea en la punta del pararrayos, truena en las profundidades del aljibe, atraviesa los pasillos del penal, entra y sale en el cuadrado de las celdas húmedas y obscuras.

¡Alertaaa!... ¡Alecceerta!... ¡Aaaaa!...

El eco repite la última letra con una obstinación desoladora; los presos se estremecen y, el edificio, aparentemente hueco, retiembla...

Mientras una parte del penal, duerme; la otra, trabaja; lo mismo ocurre con los soldados que hacen la guardia externa y con el personal de carceleros que cuida el orden interno.

El pavimento del taller, asfaltado y resbaladizo, está sembrado, aquí, allí, de papeles y lingotes, de líneas mal fundidas y tipos rotos. En los rincones y detrás de los caballetes que sostienen las cajas, abunda el polvo, los trapos sucios y grasientos. Algunos presos mascan tabaco ordinario, otros fuman, y todos carraspean con acritud y escupen copiosamente a cada rato. En seguida patinan sobre las secreciones y tornan a escupir con más asco y mayor abundancia. Una atmósfera cálida, densa y nauseabunda sofoca la respiración, seca la garganta y envenena el aliento. Muchos, visiblemente aburridos, adelántanse con pesadez, se soplan los dedos y empiezan a hurgar las cajas polvorientas.

Un tedio mortal hiela el semblante de los condenados. Hay un desdén profundo en las comisuras de sus labios secos y deformes y una profunda tenebrosidad en las ideas que ocultan las arrugas de sus cabezas rasuradas. Pasma la identidad que ofrecen sus facciones, el uniforme gris, la numeración con alquitrán en las chaquetas. Su aspecto sombrío, además, y el color terroso de la piel,

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

los asemeja a todos de una manera exasperante. Parece el mismo tipo de tuberculoso internado, marchito, lúgubre, repetido cincuenta veces con la misma precisión aterradora. Sólo el guardián que los vigila sabe individualizarlos.

Doce Tipograph decrépitas, se destacan en línea como doce cañones antiguos prontos a entrar en batalla. Los crisoles encendidos desprenden columnas de plomo rarefacto que ascienden hasta el boquete de una banderola, abierta, donde, después de trazar un remolino, escapan velozmente al patio. El número 35, un sujeto adusto con tres marcas en la cara, ignorante y camorrero, va de máquina en máquina revolviendo el metal con un palo y limpiando las bombas con un cepillo de alambre. Cada vez que realiza esta operación, frunce el entrecejo como una bestia aherrojada, estornuda, jipa y esgarra ruidosamente, provocando, en la asamblea, que lo contempla, una risa sorda y corrosiva.

—¡Qué vida más puerca! — exclama el 35, rascándose el pecho y *escupiendo la bomba como una víbora.*

Alguien, contesta:

—No te aflijas, veneno: ya reventarás...

—¿Y después?

La misma voz responde:

—Después, seguramente, irás al cielo... Dios, te debe tener reservada una butaca en primera fila...

—¿Y después? — insiste el 35, estúpidamente, no sabiendo otra cosa que decir para defenderse o sospechando que existe algo más allá de la vida. — ¿Eh? ¿Después?

—Después rendirás cuentas de esas tres marcas que tenés en la cara.

El guardián nocturno, hombre terrible, seco de carnes y de carácter, empuña, entonces el garrote de orden, alza su cabeza de perro, enjuta, angulosa, aplanada en su base, carcomida aquí y allí por una sífilis terciaria, y trata de señalar con la vista a los culpables para aplicarles tal vez, una multa, de la cual le tocará a él, un *cuarenta* por ciento.

—¿Fuiste tú, asesino? — le pregunta a El Sonámbulo, echándose la gorra sobre la nuca, abriendo sus largas quijadas y enseñando una dentadura mal implantada, perfectamente podrida, negra en los cantos posteriores, y, al frente, coronada por un incisivo ganchudo y enorme.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

El Sonámbulo, permanece absorto. Tiene los ojos casi invertidos, el iris enclaustrado en los párpados superiores, las córneas blancas. Entorna las pestañas y asoma una pupila turbia con la cual le arroja una mirada exploradora sobre el cráneo... En la cabeza del guardián se inicia una calvicie rabiosa, estrafalaria, como si un loco le hubiese arrancado el pelo en mechones o un herrero borracho se lo hubiera chamuscado con una barra candente. Su nariz roja y descascarada tiembla al menor impulso de su cuerpo inquieto y sus gruesos párpados, granulosos, se comprimen en seguida resaltando dos ojitos incisivos y terribles como los de una culebra. El único que puede soportar su mirada sin inmutarse, es Jeronimo, El Sonámbulo, cuyo silencio imperturbable le ha valido semejante apodo, y la soporta quizás, por esa inversión caprichosa del ojo que le prohibe distinguir claramente los objetos. Desde el día que cometió su delito, guardó un mutismo punto menos que absoluto. Se pasa días enteros sin decir nada, sin ver nada, cumpliendo sus menesteres como un verdadero sonámbulo.

Durante el juicio no se defendió ni acusó para nada a sus compañeros, dos de los cuales fueron fusilados en el patio. Intervinieron en el asesinato cinco personas, dos mujeres y tres varones, todas ellas movidas por distintas pasiones. El crimen lo tramó contra su marido, una señora enferma del útero que todas las noches, mientras duró el proceso, se entregaba a los bomberos en los calabozos del Palacio de Justicia; pero fué ejecutado por dos pescadores, una sirvienta y Jerónimo que sirvió de campana bajo la formal promesa de recibir tres mil pesos, suma que no cobró y que le produjo, no obstante, veinticinco años de penitenciaría. Jerónimo figuró en el proceso como un personaje secundario, ambicioso, simulador, revolucionario, con malos antecedentes en la policía, huérfano, sin profesión fija, ni domicilio conocido.

En los primeros meses permaneció incomunicado en los calabozos del Palacio de Justicia con un cerco de cosacos, sombrío y melancólico. Cuando fué trasladado a la Penitenciaría Nacional con opción a las visitas semanales, reaccionó. El contacto de los otros presos y su ingreso en la tipografía como operador, provocaron en su ánimo una transformación saludable.

Una mujer rubia, delgada, espiritual, ojos verdes, nariz recta, algo bonita, y primorosamente vestida, venía todos los jueves a visitarlo y a través de dos hileras de barrotes macizos, por entre las

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

cuales se paseaba la carabina de un soldado, mudos y ensoñativos, se contemplaban...

Bajo sus párpados marchitos aparecían los escombros humeantes de un mundo derrumbado. El ruido que promovían los otros presos, vociferando, aullando, hablando ruidosamente con los visitantes no les permitía comunicarse en secreto y era tanto lo que se tenían que decir al oído, que, optaban, casi siempre, por no decirse nada. Sonreían tristemente, se miraban con hondo afecto, volvían a sonreir, y se volvían a mirar. Así, transcurrieron infinidad de visitas, hasta que, un día, la muchacha rubia no apareció más.

Entonces, El Sonámbulo tornó a enterrar el iris en los párpados superiores, sombrío y melancólico, como en los primeros meses. Todos sospechaban con razón que el remordimiento de su crimen le había llenado la conciencia de sombras, trabado la lengua; sin embargo, no era la tragedia en la cual tomara parte lo que atormentaba su imaginación, sino, la tragedia de su tragedia...

El Sonámbulo no conocía a la víctima, un hombre corpulento que en la obscuridad de un patio se defendió como una pantera, y se prestó de campana en el suceso, sin ninguna animosidad, impulsado por las circunstancias. La vida lo había acorralado en un círculo de fierro y él intentó escapar pegando un salto por una puerta falsa desde donde rodó al abismo...

La muchacha que lo visitaba, fué, en cierto modo, la causante de su caída. Conocióla en un prostíbulo de la calle Andes cuando estos recintos florecían repletos de mujeres jóvenes. Era, en esa época, Jerónimo, un vagabundo honrado, prontuariado por revoltoso, que lo ocupaban de tarde en tarde para corregir pruebas en una imprenta lúgubre, donde recibió las primeras lecciones de Tipograph. Su situación económica siempre precaria, a veces insostenible, lo confinaba en un galpón sucio, lleno de papeles y telas de arañas, anexo a la imprenta, que le servía piadosamente, de albergue nocturno. No leía más nada que aquello que le tocaba corregir, pero razonaba lo suficiente como para estar en desacuerdo con el medio odioso en el cual se desenvolvía. Tenía 22 años, estaba en el apogeo de su vigor físico y no había tenido contacto con otras mujeres que aquellas zaparrastrozas que rondaban de noche por la resaca del arroyo. Su traje andrajoso y su semblante huraño no ejercían ninguna atracción y lo inmunizaban contra el amor del sexo contrario.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

La mujer, en abstracto, limpia, risueña, blanca, encendía su sangre joven, excitaba su imaginación hambrienta y todo su cuerpo, presa de un ardor genésicamente místico, dormido o despierto, se estremecía y deliraba. Una noche, aturdido por imágenes eróticas, excitado por una visión fantástica, rosada, esbelta, ágil, tropezó con un lupanar radioso, cerró los ojos y entró...

Su ropa en visible decadencia no inspiraba ninguna confianza ni ofrecía, comercialmente, ningún género de garantías. Hubo un movimiento de repulsión en todas las mujeres. Le demostraron, en seguida, una hostilidad sorda, calculada, cínica, y, sin consultarse, le fueron aislando hasta confinarlo en el fondo, junto a la letrina, como si se tratara de un enfermo contagioso. Allí permaneció mudo, acurrucado misteriosamente, contemplando a una muchacha rubia, vaporosa, de ojos verdes, algo triste, que le miraba con cierta compasión. Jerónimo la observó obstinadamente durante mucho tiempo. La acompañaba en sus idas y venidas, cuando se introducía en la pieza con un hombre, cuando salía o cuando se prestaba con resignación a los cacheos de los presuntos compradores. Sus senos enjutos y marchitos, sus profundas ojeras, la delgadez lamentable de sus piernas y la expresión desdeñosa de su rostro, le impresionaron con viveza.

Su miseria sentía una simpatía solidaria por la miseria de los otros.

A la noche siguiente volvió al lupanar un poco más limpio, pero irremediablemente rotoso. Al entrar, la rubia, desde el fondo, le atrajo insensiblemente, con sus ojos verdes, hasta sentarlo junto a ella.

No se atrevió a interrogarla en seguida por temor a escuchar una grosería de uso común. Ella, se desplumó como una paloma dentro de un tapado transparente que apenas le cubría las rodillas, le entrelazó un brazo en el cuello, ensayó una sonrisa dolorosa, y, con voz ronca, pero simpática, jadeó:

—¿Vamos?

Jerónimo hizo una mueca indefinible y confesó:

—No tengo plata...

Bajó la cabeza trémulo y confuso y escudriñó el suelo como un perro menesteroso que buscase algún hueso para devorarlo. Las baldosas resplandecían bajo el influjo de múltiples luces; un aire cálido emanaba de los dormitorios cada vez que éstos se abrían de-

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

jando pasar dos piernas desnudas que arrastraban un torbellino de faldas perfumadas y voluptuosas. A la derecha, una voz cavernosa, inconsolable, se lamentaba con insistencia abrumadora, al compás de una guitarra. Dos filas de bancos barnizados con laqué, desbordantes de hombres escandalosos y disolutos, recuadraban el patio. La puerta de calle funcionaba constantemente y el ruido bullicióso de muchas voces se entremezclaba con el rumor de los besos y de las carcajadas.

—Anoche noté que me observabas — murmuró la rubia.

Jerónimo, sorprendido, no supo, primero, qué contestar; casi le dice: "me alegro", después, reflexionó y la interrogó con dulzura:

—¿Cómo te llamás?

La rubia, contestó sin inmutarse:

—Sara.

Hubo una pausa, durante la cual, ambos se envolvieron repetidas veces en miradas compasivas de perros sarnosos.

—¿No tenés un traje mejor que este? — investigó Sara, tirándole despectivamente una manga descosida.

—No — replicó Jerónimo — ni mejor, ni peor: es el único...

—¿No trabajás?

—Sí, pero gano muy poco...

—¿Tan poco?

—A veces, lo que gano, no me alcanza para comer... Entonces...

—¿Qué hacés?

—No como...

Sara sonrió tristemente, contrajo los labios y buscó con cierta angustia los ojos de su compañero que se desviaban.

—¿Por qué me miraban anoche? — insistió.

—Porque todas las mujeres me huyeron, menos tú... luego pensé...

—¿Qué pensastes?

—Que tú no debías ser igual a todas.

—¿Nada más que eso?

—Nada más, hermana...

Sara, palideció; le pareció que la guitarra y el cantor, eran, en este momento, un solo mostruo que lloraba. Hacía mucho tiempo que nadie la llamaba *hermana* y esta palabra sencilla, pronunciada por aquel vagabundo andrajoso, la conmovió. Se *cubrió los senos con*

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

el cuello de su tapado, inclinó la cabeza, se metió un puño en la boca y lo mordió. Pequeñas lágrimas hicieron parpadear sus ojos lánguidos y soñadores, y su voz se hizo más ronca.

—¿Sufrís mucho? — inquirió reanudando el hilo de la conversación.

Jerónimo, volvió a inclinar la cabeza en señal de asentimiento:

—Mucho, hermana...

Hubo otra pausa. Luego, con un movimiento rápido de su cuerpo frágil y desarticulado, Sara se puso de pie, miró a izquierda y derecha, cogió nerviosamente de un brazo a su compañero y le arrastró por un corredor obscuro hasta introducirle en una pieza amueblada que cerró inmediatamente con llave.

La atmósfera caldeada por una estufa pronto encendió el semblante demacrado de ambos; se encontraron recíprocamente más hermosos y atrayentes. La melena frondosa de Jerónimo florecía bajo el ala de su chambergo y su ropa astrosa, profusamente iluminada, resplandecía en toda su miseria. En la casa inmediata una baudada de chicos, reía estrepitosamente.

—Sentí como ríen los chicos — exclamó Jerónimo, enternecido. — ¿Por qué ríen los chicos?

—Porque son chicos... Yo, también, cuando era chica, reía...

Aunque Sara no representaba más de quince años se refería al tiempo pretérito, con la gravedad de una centenaria.

—¿Cuántos años tenés ahora?

—Diez y nueve.

—¿Y a qué edad reías?

—Desde el día en que nací hasta los diez años.

—¿Te acordás cuando nacistes?

—Sí; recuerdo que me bañaron; sentí la frescura del agua y reí: conservo esa primera impresión en la memoria.

—¿Y cómo sabías, entonces, que eso que hacían contigo se designaba *bañar* y que el agua se llamaba *agua*?

—Lo supe más tarde.

Jerónimo, admitió esto como muy lógico y no insistió.

—¿Decís siempre la verdad?

—A veces, no... ¿Comprendés?

—Comprendo.

—Yo debo agradar a todos aunque todos no me agraden a mí. Vivo mal...

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

—Pero yo vivo más mal que todos... ¿Comprendés?

—Comprendo.

Tomaron asiento sobre la cama y aproximaron en silencio, la estufa. Por la banderola se filtraban de rato en rato palabras ásperas y soeces que partían del patio.

—*Cuando yo digo: ¿comprendés?, vos me contestás en seguida:* comprendo: ¿es que comprendés, en realidad, o es que lo decís por halagarme?

Sara aludía tal vez, al significado oculto de sus palabras, no a sus palabras en sí que no podían significar otra cosa que aquello que materialmente significaban. Amplió, sin embargo, su pensamiento.

—Aquí desfilan muchos: Entran riendo y se marchan silbando, con la misma rapidez que vienen, se van... Ellos, van y vienen, pero yo no voy ni vengo: estoy siempre aquí... Ellos, se renuevan, pero yo no... Por eso, ninguno puede comprender mi vida, el horror de mi vida...

Hizo un silencio reflexivo. El calor de la estufa teñía de amapola su faz, ahora, radiante. Jerónimo la escuchaba con un interés creciente.

—A veces, encuentro dos ojos bondadosos que me inspiran confianza y le digo: ¿comprendés lo que me pasa?; y ellos, como vos, me dicen: comprendo.... pero, yo veo que no comprenden nada.

Jerónimo, presentía lo que Sara le iba a decir; veía venir una *tras otra, las palabras que todavía no había pronunciado; sospechaba* que él le comunicaba sus pensamientos íntimos y la dejaba hablar con libertad.

—Buscá un tipo de mujer desgraciada y no la podrás nunca, nunca, comparar conmigo.

Jerónimo, mentalmente, pasó revista a la situación de las mujeres humildes frente a la lucha por la existencia y encontró que Sara tenía razón.

—Es verdad — afirmó — ninguna profesión es tan bochornosa *como la tuya... Todo lo que digas al respecto, es poco.*

—Mi vida es y no es sombría, te diré, porque es y no es mi vida... Yo soy y no soy al mismo tiempo... Esto me aflige mucho.

—Te creo, hermana...

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

—Mi corazón está vacío y no está vacío, está muerta mi alma y no está muerta... ¿Comprendés lo qué te quiero decir?

—Sí, sí: vos quisieras como yo vivir tu vida, pero las circunstancias te obligan a vivir una vida que no es la tuya...

—Yo no sé, propiamente, lo qué busco, pero sé que lo que tengo no es mío... Me falta algo, me falta algo...

—Tu vida.

—Mi vida, sí, mi vida... ¿quién me quita mi vida? ¿quién me la roba? ¿por qué si es mía, si Dios me la ha dado a mí, no la puedo vivir yo?

Jerónimo, condolido, le aventuró una mano por entre los rizos de su melena y exclamó:

—*Pobre Sara...*

—Yo me llamo Aurelia — corrigió Sara, en un arranque de sinceridad. — Hace cinco años que caí en la prostitución... Antes, era de buena familia... Ahora ya ves lo que soy: ¡una prostituta!

Aurelia colocó en estas últimas palabras una tristeza concentrada que penetró directamente en el corazón de Jerónimo. Se miraron a los ojos y ambos vieron dos claridades profundas y melancólicas, se perdieron en un mar sin fondo y sin orillas.

—¿Vos creés que algún día podré salir de aquí?

—Creo...

—¿Cómo, cómo?

—Con tus piernas... Con las piernas que entrastes aquí, podés salir a la calle...

Aurelia, reflexionó. Su rostro, quedó súbitamente desfigurado por innumerables arrugas. Volvió a palidecer.

—Eso se dice fácilmente...

Durante el diálogo, Aurelia repetía y recalcaba, como una acotación complementaria a cuanto le brotaba del corazón:

—Estoy triste, triste, muy triste...

Este sentimiento, tal vez, era lo único que se destacaba con claridad en la oscuridad de su cerebro. Jerónimo, miró su traje perdulario y lo comparó en su imaginación al tapado vaporoso de su compañera, cosa que no pasó inadvertida para ella que también le examinaba.

Sus miradas adquirían paulatinamente más intensidad, mayor comprensión, mejor armonía de ideas.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

—Ahora — dijo Aurelia — veo que me estás comprendiendo... Contame tu vida.

Jerónimo encogió los hombros para significar que su historia no tenía nada de interesante y se podía resumir en pocas palabras. Los pobres no tienen historia: nacen y mueren en la oscuridad.

—Yo soy huérfano y pobre y desgraciado, — murmuró — soy y he sido y seré el mismo toda la vida... Eso es todo.

Pareció olvidársele un capítulo importante y añadió:

—Tengo varios prontuarios en la policía, uno de los cuales me identifica como revolucionario peligroso...

Aurelia leyó la historia completa de Jerónimo en su traje andrajoso y en las líneas de su cara precozmente afligida. A todos los dolores íntimos que él podía sugerirle, ella le agregaba el dolor externo de tener 22 años y andar mal vestido.

Se puso grave. Abrió, después, un ropero; revolvió largo rato en los estantes y extrajo, por fin, un sobretodo que se lo alcanzó a Jerónimo, diciéndole:

—Probátelo...

Instintivamente, el otro, se puso de pie, y rechazó la oferta, alzando los brazos:

—¡No!... no... hermana... eso no...

Ella no hizo caso y se lo probó sin que él opusiese la menor resistencia.

—Te anda bien — murmuró, empujándole hacia un espejo y examinándole de arriba abajo. — Se lo olvidó un cliente.

Le estiró las mangas y le pasó el cepillo:

—Te lo regalo...

Se miraron con ternura, ambos iluminados por el mismo sentimiento piadoso. Jerónimo, agradecido, le quiso besar la mano, pero ella la escurrió rápidamente, hizo resbalar su tronco por el suyo, tomóle entre los brazos y le estampó un beso profundo en la boca. Quedaron trémulos, emocionados, con deseos de reir y de llorar, simultáneamente.

—Gracias — sollozaba Jerónimo, no se sabía si por el beso o por el sobretodo. — Gracias...

Aurelia se puso a llorar sordamente. Jerónimo creía que las prostitutas eran insensibles al llanto y se extrañó.

—¿Estás llorando?

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

Ella, penetró el alcance de la pregunta y lo miró con los ojos inundados de lágrimas.

—¿Por qué me lo preguntás?

—Nada... suponía...

—Que las prostitutas no lloraban...

—Era una suposición mía...

—Sí, si, no pueden llorar... no pueden llorar... ¡están corrompidas!...

Estuvieron un rato en silencio, los ojos húmedos y dilatados, los brazos caídos, mirándose estúpidamente, como dos juntahuesos que se encuentran en una quema de basuras y se compadecen al verse igualmente desventurados.

—Andate; — demandó Aurelia cambiando de tono — porque sino puede venir la patrona...

Lo acompañó hasta la puerta y le dió por el camino todas las indicaciones para que volviese a las dos de la mañana, hora en que la dueña del burdel dormía y las mujeres cumplían sus designios a su antojo. Aurelia vivía en la misma pieza que le servía de alcoba para rematar su cuerpo.

Jerónimo salió a la calle. Una alegría inmensa inundó su corazón huérfano y vacío, proyectos descabellados circulaban con entera libertad por su cerebro y el beso que le dió Aurelia se repetía indefinidamente en su imaginación... Las cosas cambiaron bruscamente de aspecto: todo le parecía más bonito, más bueno, más risueño... Se deslizaba por las veredas como un sonámbulo, metiendo la cabeza en todos los cafés y buscando un reloj para consultarlo. Era tanta su dicha que se acordó de su madre y lamentó que no estuviese viva para compartir su ventura. Atravesó los jardines de la Recoleta y se sentó en un banco de piedra bajo la copa gigantesca de una rueda de magnolias. El tapado vaporoso de Aurelia le perseguía, sentía el runrún de sus faldas, las pisadas de sus zapatos grises, su aliento cálido, su voz ronca y lastimera. Las hojas caídas corrían a sus pies empujadas por el viento, formaban extraños remolinos, se agrupaban a su alrededor, lo miraban, querían hablarle.. El cementerio se destacaba por encima de los muros viejos y despintados como una selva helada y negra, llena de misterios, donde las almas de los muertos se daban cita...

Volvió a emprender la marcha bajo la inmensidad de un cielo ceniciento y estrellado.

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

Aquella noche fría, en el lupanar de la calle Andes, al calor de una estufa, se encontraron y se fundieron dos almas; unieron sus destinos para siempre un vagabundo y una prostituta.

Al principio, se entregaron a la satisfacción del momento; después, una pasión mística y profunda encendió sus cerebros oscurecidos por la miseria. Se pasaron unos meses planeando y mirando el porvenir con ojos trágicos, hasta que, una noche, la prostituta alzó su cabeza sobre la asamblea bulliciosa que la asfixiaba con su aliento de'etéreo; proyectó un resplandor decisivo en el charco y le dijo a Jerónimo, llorando:

—Sácama de este antro... Me ahogo, aquí me ahogo...

Jerónimo se sacudió y empezó con mayores bríos a buscar trabajo. En dos meses cambió seis empleos: se hizo corredor de vinos, limpiador de autos, vendedor de diarios. pinche de cocina, todo, inútilmente, porque no pudo con ello reunir la suma necesaria que le permitiese alquilar una pieza en cualquier conventillo, adquirir muebles y tener un fondo para hacer frente a los gostos del momento.

Jerónimo se perdía en un abismo de reflexiones tenebrosas. Sus aptitudes para ganarse la vida eran completamente nulas, por lo que su situación económica en vez de mejorar, cada día se hacía más crítica. Un enorme desaliento los acompañaba. cuando de noche, se encontraban en el patio del lupanar, sentados uno al lado del otro, uno encima del otro, mudos y taciturnos. Los ojos de Jerónimo empezaron ese proceso de inversión para no ver el porvenir que se les presentaba francamente negro, indescifrable.

Una noche, más sombrío que de costumbre, llamó aparte a su querida, y le dijo en secreto:

—Me pondré a trabajar de ladrón...

Aquí, también, puso de relieve su ineptitud. En la primer tentativa de robo lo tomaron preso y tuvo que purgar sin ningún resultado efectivo dos meses de presidio. Salió de la cárcel en un estado bochornoso: deprimido, melenudo, sucio, cargado de piojos. A las tres de la mañana se presantó en el burdel de la calle Andes donde Aurelia lo ocultó en su madriguera, proporcionándole ropas y agua. Estaba tétrico. Se lavó de pies a cabeza, comieron pan y fiambres juntos y mientras ella le recortaba el pelo, lloraron y se besaron profundamente como la primer noche que se conocieron.

Amanecía. Un sol amarillo y lacrimoso, se dijera que los compadecía a través de los cristales de la banderola. En los oídos de am-

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

bos hormigueaba el bullicio escandaloso del patio que ahora estaba desierto; oían clara y distintamente las palabras rudas y soeces, los besos comprados y las carcajadas forzadas y ruidosas. Una ola de corrupción los envolvía.

Jerónimo reconstruyó su calvario y se puso más pálido, intensamante pálido.

—Me voy — dijo con resolución — y no volveré hasta que no consiga el dinero que necesitamos para ir a vivir juntos... Quiero vivir contigo o no vivir más...

Aurelia, derrengada, adormecida, los ojos inflamados, los labios desdeñosamente caídos, acompañóle hasta la puerta, abrió y le dejó en la calle.

—¿Qué pensás hacer? — le preguntó al despedirse.

—Me pondré a trabajar de asesino — contestó Jerónimo con rabia, escupiendo contra el suelo, como si el suelo hubiese sido el mundo que le castigaba.

La prostituta despertó; un escalofrío terrible le recorrió todo el cuerpo.

—¿Y si yo siguiese trabajando de prostituta?... — propuso con singular embarazo.

—¡No! ¡Recontra! ¡No! Antes, prefiero que te mates.

—Está bien... Vos tenés razón... Yo también pienso así: vivir contigo o no vivir más...

Se despidieron, sin saberlo, para siempre.

Jerónimo, se mezcló en ese asesinato célebre que le estaba costando, ahora, veinticinco años de castigo. Entró a los 22 años y podría salir, si no se moría antes, a los cuarenta y siete; Aurelia, a quien incluía en sus cálculos, tendría, en cambio, cuarenta y cuatro... Veinticinco años de cárcel para él y veinticinco de lupanar para ella, aniquilarían la existencia de ambos. Aunque quedaran con vida, serían por entonces, ni más ni menos, que dos cadáveres que podrían, a lo sumo, pasear gloriosamente sus huesos por el cementerio de los arrabales.

Mientras Aurelia le visitó, Jerónimo conservó cierta presencia de ánimo y una esperanza vaga e indefinida mantenía los últimos resplandores de su mirada. Después, sus ojos se apagaron, casi por completo: del color turbio pasaron al vidrioso de los muertos, sucesivamente se transformaron hasta alcanzar el blanco indescriptible de los sonámbulos.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

En este momento es un cuerpo sin ojos, vestido de presidiario, marcado con alquitrán en la chaqueta con el número setenta y siete, que espera la hora de empezar el trabajo. Afuera, el viento sigue aullando a través del enverjado mientras las gotas de agua resbalan con precipitación por los cristales; chillan los árboles, los alambres del pararrayos chicotean incesantemente. Dentro del cuadrado de la imprenta, los presos se revuelven como un plantel de cucarachas grises encerradas por una tempestad en un tacho de basura.

Ha sonado la campana: son las nueve. Se oye un tumulto de exclamaciones y juramentos, el rechinar de dientes podridos y la frotación de manos ásperas y callosas. Infinidad de alpargatas van arrollando los papeles que se interponen en el camino, pateando con violencia, aquí y allí, líneas y lingotes. Desde el techo, como lámparas votivas, cuelgan sobre cada tipograph bujías eléctricas engarzadas en pantallas verdes. El guardián que controla el horario y la marcha de las operaciones, abre y cierra sus largas quijadas, se rasca las cejas con las uñas, golpea las manos y ladra:

—¡Es hora!... ¡A trabajar!... ¡Vamos, vamos, vamos!

A fin de raforzar la orden, silba, ulula... Emplea casi siempre los mismos gestos brutales, idénticas recriminaciones acérrimas y terribles.

Cuando alguna máquina se detiene, arruga el ceño, hace bailar sus ojitos de culebra, se aproxima y pregunta secamente:

—¿Qué pasa?

Una voz fatigada, medrosa, responde:

—Se emplomó...

—¡Ya van dos emplomaduras, recontra! — gruñe esgrimiendo el garrote y echándose la gorra en la nuca como un malevo. — A la tercera, te pondré una multa.

El preso, se defiende:

—Nos pagan veinte centavos por noche y todas las noches nos aplican veinte centavos de multa... Total: cero de beneficio... Trabajamos para el fisco...

Si el preso es ladrón, el guardián le replica lacónicamente hundiéndole el garrote en el cuerpo:

—¡Cállate, ladrón!

Si es asesino:

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

—¡Cállate, asesino!

El preso, ordinariamente guarda silencio; a veces, no resiste y amenaza:

—Algún día no trabajaré más...

—Tanto peor: — razona fríamente el vigilante, comiéndose la punta de un bigote — te pudrirás en el calabozo, a pan y agua.

—Es mejor pudrirse en la celda que envenenarse en el taller gratuitamente...

Ciertas noches, la discusión toma un carácter acalorado y violento:

—¡Cuando salga a la calle, te mataré, canalla! — ruge el setenta y nueve, otro asesino.

—¿Qué decís, asesino?

—¡Por esta cruz! ¡Te lo jura el setenta y nueve!

El guardián, intimidado, desaparece; al rato vuelve a reaparecer seguido de un soldado armado de máuser, mira con desprecio y grita:

—¡Setenta y nueve! ¡Al calabozo!

Los presos sustituyen su verdadero nombre con su numeración de penados, tanto cuando amenazan, como cuando se designan.

Se oye, a voces, que el guardián ordena desde el fondo de la sala donde comunmente se sitúa:

—¡Eh, tú, veinticuatro! ¡Basta de conversación! ¡Trabaja, hijo de perra!

Una voz subterránea, tartajea:

—¡Sifilítico!...

El regente va distribuyendo los originales entre el personal y dando a cada uno las instrucciones pertinentes, recomendando a todos, por ser un trabajo esmerado, atención y limpieza. Se trata de una tesis médica que lleva por título: *"El estado mental del suicida"*... antes de suicidarse. Reparte los capítulos, no obstante sus reiteradas recomendaciones a diestra y siniestra, como si fuesen papas. A Jerónimo le toca un capítulo titulado: *"El suicidio por la pasión amorosa"*, que trae, al final, una historia clínica, tal vez de algún suicida.

Antes de ponerse a componer hace un análisis rápido de los manuscritos, de orden exclusivamente tipográfico. El significado de la composición, por lo regular, escapa a su inteligencia mortificada

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

de presidiario y obrero nocturno. Mientras el autor diserta sobre un un tema dado, él, piensa a lo mejor, sobre un tema diametralmente opuesto. Puede, en cierto modo, componer cosas de otros y pensar en las suyas. Hay un tema fijo en el fondo de su cerebro que no lo abandona nunca y que Jerónimo se lo sintetiza siempre en una sola palabra:

—*¿Comprendés?*

Las máquinas funcionan ya con estrépito, el crisol va y viene, arrima su roja cabeza contra el molde, busca la boca y le lanza un vómito de plomo hirviendo; se retira, cobra alientos y vuelve en seguida a vomitar otra vez. Los abanicos suben y bajan dejando caer de vez en cuando alguna matriz rota que el treinta y cinco, recoge, renegando.

Circulan comentarios concisos a *la tesis: el suicidio es un tema* que interesa directamente a los penados.

Alguien, lee en voz alta:

"La causa primordial del suicidio es la miseria, producto de la ignorancia, madre de todas las barbaridades. La miseria lleva al hombre a la desesperación y la desesperación a la locura al crimen y al suicidio. No solamente se suicida el que se mata a sí mismo, el que mata a otro, también se suicida".

—Este me quiere amargar la vida — protesta el operador como si estuviese en el mejor de los mundos imaginables.

"Nuestras legislaciones que tienen penas severas para el asesino— prosigue la misma voz — han suprimido la culpabilidad del suicidio".

Se entabla un diálogo en voz baja que interrumpe el guardián con un gruñido.

—No sabía yo — arguye uno, haciéndose el inocente — que las legislaciones se mezclaban en estas cosas...

—Las legislaciones — responde otro con gravedad afectada — lo abarcan todo: desde el güevo que pone la gallina hasta el hombre que se come el güevo... Todo cae bajo el imperio sagrado de la ley...

—¿Y qué le pueden hacer a un suicida?

—Pues... meterlo preso...

Le parece corta la burla y añade:

—Meterlo preso... en la morgue... A veces, lo condenan a muerte...

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

Jerónimo teclea automáticamente. A través de sus manos transparentes resalta el esquema de sus dedos finos y alargados. La luz eléctrica se balancea, quemándole las conjuntivas de sus ojos, desmesuradamente abiertos, clavados como dos clavos sobre el original. Los caracteres desfilan vertiginosamente por su memoria y las matrices se desprenden una tras otra, atropellándose, en una carrera, que termina en el componedor que cierra el botón de presión mediante un golpe seco de la bandera.

El autor habla del código penal y cita un artículo atrás del otro. Va modificando su criterio y lleva su piedad científica hasta conminar al suicida con pegarle cuatro tiros. Después de muchas consideraciones jurídicas los clasifica seriamente en tres categorías:

1ª. — *Egoístas*, que se quitan la vida por una individualización exagerada.

2ª — *Altruístas*, que se la quitan en beneficio de una tradición moral.

3ª — *Anósmicos*, ni altruistas ni egoistas, que dan fin a sus días por un desacuerdo con el medio social en que se vive a raíz de un *acontecimiento cualquiera de mucha trascendencia* en su vida.

—Por ejemplo — piensa Jerónimo —, cuando yo pude reunirme con Aurelia si me hubiese suicidado habría sido este hecho, "un acontecimiento cualquiera" al que yo daba "mucha trascendencia".

El autor abunda en detalles, pero no menciona en este capítulo a la miseria que es lo que más interesa al operador, en su doble condición de miserable y candidato al suicidio. Invoca, no obstante, la sífilis moral que corroe el cerebro de los pueblos civilizados, el quebrantamiento de la integridad anatómica, la pasión desolada y huérfana, el apetito sexual aherrojado, la wertheritis...

Viene una estadística. En el año 1919 hubo en Buenos Aires noventa y cuatro suicidios y ciento cincuenta y nueve tentativas frustradas. De los noventa y cuatro, setenta y ocho fueron llevados a cabo por varones y catorce por mujeres. En las tentativas, el orden del sexo se invierte en su porcentaje, dando ciento siete mujeres contra cincuenta y dos hombres. Esto le hace sospechar al autor que en la mayoría de los casos el sexo femenino *simula* el suicidio. Jerónimo, que no concuerda, opone un argumento: Las mujeres fracasan en su intento porque tienen menos instrucción que el hombre y no saben escoger los medios eficientes que éste conoce y que ella ignora por completo.

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

En lo que se refiere a la edad, figuran niños y ancianos, sobre una aplastante mayoría de adultos, que oscilan entre los veinte y treinta años.

El operador advierte que está en la mejor edad para suicidarse: una edad tentadora para la estadística. Sonríe...

De pronto, se pone serio, baja la niña de sus ojos escondida en los párpados superiores, la córnea resplandece de nuevo; los dedos, en cambio, se ponen rígidos, se detiene.

La voz del guardián, increpa:

—¡Eh, tú, setenta y siete! ¡Trabaja, hijo de perra, si no quieres ir al calabozo!

Jerónimo lee y relee, conturbado, el encabezamiento de la historia clínica; traga saliva y prosigue su tarea. Dice así:

Suicidio pasional de Aurelia Q.

"En el juzgado de instrucción criminal del juez Llavallol existe el siguiente documento: *El once de julio de 1915 a las cuatro de la* tarde, una mujer llamada Aurelia Q., de 20 años de edad, soltera, prostituta, en su habitación de la calle Andes 59 y a raíz de una profunda pasión amorosa bebió una solución concentrada de bicloruro de mercurio falleciendo horas más tarde en el hospital Alvear".

Jerónimo queda sobrecogido, consternado; un relámpago de arrugas rasga el plano de su frente y la humedad de la calle le traspasa el brin de su uniforme y se le filtra en todos los huesos. A principios de junio de *1915, precisamente, Aurelia* le hizo su última visita y permaneció con él a través de las dos murallas de barrotes, toda la tarde. Recuerda que tenía los ojos hundidos, las ojeras pronunciadas, el semblante barroso; que su melena rubia estaba desordenada, sus ropas mal ceñidas, su aspecto desfigurado, y, que se mostró, como nunca, impenetrable.

Un gruñido del guardián interrumpe el curso de sus recuerdos:

—¡No se duerman!

El operador, sigue componiendo:

"Había llegado a querer con irresistible afecto a un hombre que no le correspondía por igual y en su triste condición de mujer libertina no le era tampoco posible exigir de nadie el perdón de su conducta para llenar con el *amor puro* sus más nobles aspiraciones de *unión conyugal*".

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

El autor se desdobla, mezcla la legalidad con el amor puro y no consiente otra clase de unión conyugal que aquella que las leyes autorizan. Estudia el caso con el código penal en la mano.

"Y, sin embargo — continúa — estaba apasionada por un hombre de pésimos antecedentes que había conocido en esa misma casa. Cuando por una fechoría célebre, dicho sujeto fué condenado a veinticinco años de presidio y Aurelia se dió cuenta que éste no le pertenecería jamás, empezó a sufrir el dolor de sus desdichas y la idea de morir se apoderó de su cerebro desequilibrado. El disgusto de la vida fué creciendo con el aumento de los pesares que emanaban de su profesión infamante. Para sustraerse al medio donde vivía, por demás incómodo, buscaba el aislamiento en su habitación y allí escribía sus íntimas tristezas, mezcladas de angustias y esperanzas, sobre un cuaderno que dejó lleno de interesantes revelaciones de su estado pasional".

Jerónimo, coge, temblando, un cuaderno manoseado, escrito con letra inocente, misteriosa y despatarrada, que tiene para él la elocuencia muda de las almas muertas que en una noche tempestuosa como esa abandonan sus tumbas para comulgar con las almas vivas... Lo revisa con nerviosidad creciente, lo esconde en su camisa, pide licencia para ir al retrete y allí, escoltado, envuelto en una atmósfera venenosa, a la luz de un foco amarillento, se lo devora. Su estilo fatigado y moribundo parece el estilo de un tuberculoso que hubiese redactado su testamento con extraña lucidez en plena agonía. El cansancio aparece en párrafos breves y sudorosos, en exclamaciones cortas y exhaustas, y en puntos suspensivos que no dicen aparentemente nada, pero, con los cuales, Aurelia, quiso dar a entender todo. Hay muchos blancos y frecuentes repeticiones cuyo carácter íntimo y secreto, sólo él puede entender.

Regresa a la imprenta desfallecido, penetrado de la humedad del patio y la penumbra, de los corredores y empieza la composición del cuaderno póstumo.

"Para que lea Jerónimo con atención. Se lo pido de rodillas, Aurelia".

A Jerónimo se le hace un nudo en la garganta, una masa viscosa le obstruye las narices, el ruido de los crisoles se atenúa notablemente en sus oídos zumbantes.

La pobre prostituta, la mujer enterrada en el charco a los quin-

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

se años, volvió a levantar su cabeza hasta el cielo, proyectó un resplandor lúgubre en el espacio y se puso de rodillas para que su amante le escuchara con atención.

"Yo nací toda corazón — confiesa — por eso soy la más desgraciada de todas las mujeres.

"Salí de mi casa el seis de diciembre de 1910 con un hombre que no conocía. Al principio llegué a suponer que lo quería y ahora me pregunto si no estaría loca, entonces, para dejar a mi madre para seguir a una persona por quien a lo sumo pude sentir una simpatía *piadosa*. En este momento te confieso que no lo he querido nunca y que viví con él cerca de un año porque no sabía vivir sola y porque le tenía mucha lástima".

Así termina la primer página, escrita, tal vez, en una escapada del patio donde su oficio la reclamaba. El autor hace largas consideraciones cada vez más inoportunas y falsas. Desconoce las relaciones de ambos y su trágica separación, la raíz del drama se le escapa y no más que el decorado escénico, su *aspecto científico*. Sabe que ella se suicidó y que él, está preso, pero ignora que ella se suicidó por él y que él está preso por ella. Habla de instintos criminales y de romanticismo wertheriano, sin mostrar el menor respeto por el dolor ajeno y atribuye la tragedia a la mediación de agentes morbosos.

Jerónimo no escucha la voz fría del médico: toda su atención está reconcentrada en la palabra cálida de Aurelia: ella es la única que tiene derecho de hablar y él es el único que tiene el deber de escucharla. Nota que emplea con excesiva frecuencia tres palabras: *nunca, jamás y desgraciada,* sobre todo, esta última, con la cual empieza y termina su confesión.

"El hombre que quiero — prosigue Aurelia — algunos momentos *me ha hecho feliz,* pero también, la más desgraciada de todas las mujeres para siempre.

"El, no puede ser mío, no puede ser mío... Ni yo, tampoco, puedo ser suya, nada más que suya... Esto es terrible...

"El es un penado y yo una prostituta... Sí, sí, yo soy una de esas pobres mujeres despreciadas por todos, que tal vez, en el fondo, tiene más delicadeza que aquellos que la desprecian... Y él es bueno; Dios sabe que él es bueno".

Remata una serie de gritos, algunos incoherentes, con una nota decisiva:

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

"La vida que llevo no es vida: me la voy a quitar... Es preferible morir. Me mataré sin avisarle: no le diré nada, no, no... lo haré en silencio para que él conserve la esperanza de salir".

En seguida, viene una confesión:

"Hoy, revolviendo unos papeles viejos, encontré una carta tuya, escrita cuando estabas en libertad y trabajabas si mal no recuerdo, en aquella imprenta de Barracas. No la quise leer, no, no. ¿Para qué si ya no podré verte más? Sin embargo, al final, vi que decía: "El que te adora es Jerónimo".

"Cuando escribía esto, el pobre, me quería, sí, sí, me quería; hasta quiero suponer que me adoraba ¿por qué, no, pobrecito? Siempre presté una fe ciega a sus palabras: allí donde él puso "te quiero", yo leí "te quiero", nada más que "te quiero"... Por creer tanto hoy me sucede lo que me sucede; esta mi desgracia, mi gran desgracia".

"Pensarás, amado mío — explica más abajo — por qué no me suicidé en seguida de tu prisión, pero es que tenía una esperanza, me parecía mentira lo que me pasaba, nunca, nunca había pensado que me podía suceder cosa igual.

"Un consuelo me animaba y era éste el de morir en tus brazos. No rías de mí... Estaba tan aturdida que me parecía fácil tomar el veneno y encontrar la muerte a tu lado.

"Pensar en esto era un gran alivio para mí. Pero, hay veo que esto es imposible y estoy completamente desilusionada. Tendré que morir sola, sola".

El autor de la tesis hace resaltar el romanticismo agudo de la paciente y la influencia perniciosa de la literatura wertheriana. Se le antoja que es un caso de vertheritis invertido; aunque Werther no tuvo que trabajar de asesino, ni Carlota de ramera. Sostiene en descargo, que esta pasión amorosa no es un estado erótico. El proceso para él está perfectamente definido por su ciencia: "No ha sido el resultado de un sensualismo insaciable como podría sospecharse a primera vista, ni la exaltación de un apetito genésico, sino que las condiciones horribles de vida y el temperamento romántico de Aurelia engendraron en su cerebro un torbellino de alucinaciones todas dirigidas a un propósito fijo. La infeliz, añadía después, a sus precepciones reales, la falsa cizaña de una exagerada representación de los hechos y cuando ya no pudo sustraerse a

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

la tiranía de la impulsión morbosa, a la irresistible tentación del suicidio, se dispuso a morir".

—*¿Comprendés?*

Jerónimo no comprende las disgresiones científicas; un sudor frío le baña el cuerpo, a pesar de que la lluvia, impetuosa y helada sigue rasgando con sus dedos mortuorios la cristalería de los ventanales. Ya no percibe los golpes secos de la bandera, ni las aguas barrosas de la calle que se precipitan en la barranca con el sordo rumor de un ejército en fuga, hambriento y diezmado.

"El fin de mi existencia — dice — está más o menos fijado: lo haré el 11 de junio. El jueves fué el último día feliz cuando lo vi un instante por última vez en el presidio. ¡Quién me hubiera dicho que era la última vez!

"Ya no debo vivir más. Me he convencido de que estoy de más en el mundo. Mi vida ha sido un calvario y con este golpe rudo no me queda ningún valor para seguir viviendo: miro mi porvenir y lo veo negro, horriblemente negro...

"Hace siete días que me digo lo mismo, siempre lo mismo: ¿qué te espera en esta casa?

"Morir en un hospital abandonada de todos, de mi madre que me desprecia, de mi amante que no me podrá ver...

"Mi corazón estaba lleno de sangre y se fué vaciando a fuerza de llorar... Noto que me voy muriendo, que la idea de morir me va matando lentamente hasta que llegue el momento supremo. (Son las tres de la mañana)."

El autor advierte en Aurelia una situación insostenible para su espíritu martirizado por todas las desdichas de su vida. Advierte que todos sus juicios — cada párrafo escrito en distintas horas — giran no obstante, en torno de una resolución firme y segura que debe realizar inmediatamente para librarse de su obsesión. Porque se ha dicho que "pensar en un acto es dar principio a su ejecución", deduce que Aurelia inicia en sus apuntes a través de la revelación de sus propósitos, el término fatal de su pasión ardiente. Deja entrever que se suicida porque escribe el cuaderno o porque piensa en el suicidio... No vuelve a mencionar, en lo sucesivo, la wertheritis.

Hay un blanco, después:

"Vos también, pasarás dolores, muchos dolores por mi culpa, amor mío; pero, me perdonarás: a un muerto no se le puede guardar ren-

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

cor y más de una vez te acordarás de esta pobre mártir que conocistes con el nombre de Sara en un lugar inmundo donde todo es oprobio y vergüenza.

"Pero, vos vistes que aquí, en medio de tanta escoria, había un corazón noble y puro que no fué nunca manchado por una mala acción.

"Vos los vistes desde el primer día con tus ojos, sí, sí, con tus propios ojos. El único daño que hice en mi vida fué dejarme engañar por todos, porque creía que todos eran tan sinceros como yo".

Aurelia hace una pausa y se vuelve a lamentar:

"Esta noche me puse de rodillas y dije en la oscuridad: "Dios mío no puedo vivir sin él... Sino me prometés devolvérmelo, me mato ahora mismo. Dame una esperanza, Dios mío".

"Nadie respondió: mi sentencia de muerte quedó firmada.

"Has de saber, amado mío, que tengo una madre. En una carta le pido que no te maldiga. Vos no tenés la culpa. Es mi mala suerte quien hizo que me enamorara de un hombre que no pudo corresponderme.

"Escucha: no quiero morir aquí, eso sí que no; tampoco podré hacerlo a tu lado, ni junto a mi madre... Saldré a la calle; eso es: a la calle... Tomaré el veneno aquí y escaparé, no sé adónde, pero escaparé...

"El momento que esté más alegre será cuando haya llegado el fin".

Aurelia, delira, sumerge la pluma entre borrones de tinta y tachaduras, bajo las cuales sus pensamientos se ocultan como buhos en las tinieblas, graznan, se hunden, se levantan, desaparecen y tornan a aparecer:

"¡A, Dios mío, Dios mío!... ¿qué es lo que tengo? ¿por qué esta pena que me mata, por qué?

"El se fué, muy bien... lo llevaron... ¿no es esto? ¿lo llevaron para siempre?... perfectamente... ¿y después? Después me ha dejado sola con un vacío grande, con un vacío muy grande en el corazón...

"Nada de lo que me rodea, nada, te digo, me gusta; por el contrario, todo, todo, me entristece mucho... Sinceramente: estoy triste, triste, muy triste... ¡Ah, qué dolor tan grande es el mío!

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

"A veces, te juro, me vienen ganas de ponerme de rodillas y arañarme el pecho y arrastrarme por las piedras y llorar y gritar: ¿Por qué, Dios mío, estoy triste, siempre triste, siempre, siempre, por qué, por qué?"

Jerónimo siente un desgarramiento interior; se le contraen las entrañas; vuelve a poner los ojos completamente blancos como un sonámbulo. Las lágrimas de Aurelia le traen a la memoria aquella guitarra inconsolable que le templó el corazón la noche que se desposó con ella en el lupanar.

Cuando la tormenta parece inevitable, un rayo de luz, serena el espíritu atormentado de Aurelia: "Te voy a contar lo que me pasa y que tal vez te parezca mentira: ¡Tengo lástima de las otras mujeres!... Ellas, también, tienen sus ilusiones y me las cuentan en el patio... Pero, no saben lo que les espera y cuando llegue el momento, no sabrán, tampoco, quitarse del medio.

"Pobrecitas — pienso — son cobardes, cobardes... Después reflexiono: las llamo cobardes y yo si no me viera privada del hombre que quiero, ¿habría pensado en lo que pienso?

"Creo que no.

"Yo sé que mi muerte te producirá un gran dolor, pero ¡qué quieres! los disgustos de unos producen la alegría de otros y la vida pasa sin dejar rastros... Muchos pudieron impedir mi muerte, pero no lo han querido hacer y esto es algo menos que si ellos la hubieran ejecutado con su propia mano.

"Creeme, a veces lloro, mientras mis labios ríen... ¿Comprendés?"

A Jerónimo se le escurrió una lágrima entre el sudor de la camiseta, un fuerte constipado le obturaba por completo las narices, apenas sentía que era dueño de sus pies, tiesos y aterridos. La composición le ahoga y redobla el movimiento de sus dedos para terminar de una vez.

"Dejé pasar ocho días sin escribir nada. Estaba relativamente tranquila, cuando el veinticinco por la noche, alguien me dijo: "Aurelia, no llorés más, tu amante está en la calle y viene a buscarte. Nadie te lo quitará".

"Una alegría terrible me despertó y al despertar me encontraba sola en la pieza, tirada en el suelo... El patio desierto, las luces apagadas, mi cuerpo frío: creo que estaba soñando...

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

"Ya no puedo distinguir si sueño o si estoy despierta. Te llamo siempre, amor mío, ¿no me oís? Te beso, también, te beso, ¿no sentís mis besos? ¿por qué no venís cuando te llamo? ¿por qué no volvés aunque sea un segundo para verme morir?"

Vienen unas reflexiones torvas, donde el autor señala varias "incorrecciones gramaticales", dejando traslucir que para suicidarse, es indispensable conocer gramática:

"Es inútil que me haga ilusiones: la vida no es para mí. Cada vez me desengaño más: el mundo es sordo... Aprecio la vida y le tengo asco, siempre me sucedió esto, pero ahora me sucede más a menudo, mucho más. Espero la hora de envenenarme como uno que va a la sala de operaciones y sabe que difícilmente salvará. Después de muerta, no tendré la dicha de verte, pero, si no muero por mi mano, moriré lo mismo al saber como sé, que vos no saldrás nunca más de tu encierro, nunca, nunca... Hay entre nosotros una muralla infranqueable.

"Sé que al tomar el veneno voy a pasar unos momentos terribles, pero serán los últimos, Dios mío, serán los últimos...

"A él, después, le quedará el consuelo de poderle contar a otro presidiario que un día una pobre prostituta se envenenó cuando supo que no le podría pertenecer jamás".

Faltan tres carillas, la letra se deforma, el estilo se desmaya; sin embargo, Aurelia todavía razona:

"Yo no siento tanto mi prisión como la tuya, mi angustia como tu angustia, pero cuando yo desaparezca, quedarás más abandonado. Ni siquiera tendrás a quien contar el daño que te hacen allí, porque entonces yo no podré salir de la tumba y decirles a los esbirros que te maltratan, decirles: ¡No le peguen que es mi amante! ¡Tengan compasión de mí que lo quiero tanto!... ¿Por qué lo castigan si es bueno? Si es bueno, Dios mío, si es bueno".

Habla también de Jesucristo. Parece ser, que, al final leía las sagradas escrituras, porque encabeza un fragmento de sus plumazos con una frase de Eclesiastés: "Mejor es el día de la muerte que el día del nacimiento".

"Mi hermano Jesucristo — confirma — me perdona y te perdona. Me perdona porque te he querido mucho y te perdona porque yo le he pedido en mis noches negras que te perdone. Me perdona porque no soy yo que me vendo, sino los hombres que me compran;

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

te perdona porque no fuistes vos que matastes, sino los que te pusieron las armas en la mano para que matases. Me perdona y te perdona, pero al que no perdona, a los que no perdonará nunca, nunca, será a esos que nos encierran para poder andar libres; a esos que nos sumen en la obscuridad para poder pasearse por la luz... Los que tienen ojos y no ven, los que tienen oídos y no oyen: esos, todos, todos... ¡irán al infierno!

"A'lí será el lloro y el crujir de dientes".

Falta una carilla, el pulso le tiembla, el frío de la muerte se aproxima:

"Mañana, once, cumple un mes que sufro tanto. Muchas veces me digo que soy una tonta para pensar lo que pienso; pero ¡qué voy *hacer, Dios mío!* la vida sin él me sería imposible; desde que empecé a tratarlo no he vivido sino para él y ahora que tengo que perderlo, esto es algo que me vuelve loca y que me mata de dolor.

"He sido seis meses feliz, y uno, nada más que uno, éste, infeliz, atrozmente infeliz, pero, gracias a Dios, ya llega el fin, faltan algunas horas... Ya siento en mis entrañas el frío de la muerte y no la temo, las piernas me tiemblan, se niegan a sostenerme y mi espíritu está tranquilo.

"Mañana estaré fría, fría, muy fría... Vos no verás mi cadáver porque me llevarán a la Morgue o me enterrarán en cualquier parte (si es que me entierran). Si los hombres se ocupan de mí, todavía, será para seguir haciéndome daño. Mañana, todas mis compañeras se reirán manoseando este cuadreno, pero cuando se estén riendo, riendo, yo me alzaré como un fantasma y les diré con mi última lágrima en los ojos: ¿por qué se ríen de la que quiso tanto, por qué?...

"(Son las cinco de la mañana). Abrí la puerta y quise contemplar por última vez el cielo y no ví más que una mancha negra. El lupanar duerme; la tierra está helada: llueve...

"Cuando leas esto ya no viviré más...

"¡Amado mío!"

Jerónimo cerró los ojos, reclinó la cabeza contra la barra que sostenía el original y murmuró como si alguien le escuchara:

—Se murió...

Lágrimas amargas le corrían por las mejillas y el constipado tomaba caracteres alucinantes. No veía ni oía nada más que lo que

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

tenía en su memoria. Las interjecciones de Aurelia se repetían y se repetían también desmembrados los gritos de dolor y las protestas ahogadas. Las palabras *Dios mío, Dios mío, estoy triste, muy triste, sí, sí,* se deslizaban por sus venas en procesión mortuoria, gimiendo, llorando y al llegar al morazón aullaban como lobos heridos, hambrientos y macheteados. Permaneció mucho tiempo abrazado a la barra, inmóvil y gemebundo.

El treinta y cinco, riendo estúpidamente, grita para que el guardián le oiga:

—¡Se durmió El Sonámbulo! ¡Calabozo para uno!

El guardián, que no duerme, aunque suele distraerse, se levanta, coge a Jerónimo por una manga, le sacude, le amenaza, pero el otro no responde: una terquedad siniestra lo ata al poste de la tipograph.

Entonces, el vigilante, rabioso, desaparece, y vuelve a presentarse un instante después escoltado.

—¡Setenta y siete! — ruge. ¡Al calabozo!

Jerónimo se deja conducir sin resistencia y ambos lo arramblan por los brazos, dándole sacudidas como si fuese un montón de trapos.

Jerónimo se tambalea y le suplica al soldado:

—Estoy enfermo... no me peguen... llevenmén al hospital...

—¡Al calabozo! — insiste el guardián con más furor, temiendo que se violen sus órdenes. — ¡Atorrante!

En su confusión, Jerónimo tropieza con una dobladora y cae de espaldas sobre el asfalto... Se incorpora penosamente y ruega:

—Ayúdenmén... no puedo más...

Lo levantan en peso con brusquedad y a empellones le conducen por los corredores helados y sombríos hasta tirarlo en el piso de un calabozo estrecho y lóbrego. Allí permanece sentado contra la pared en un estado de inconciencia trágica.

Desde el calabozo inmediato otro condenado le arroja un saco andrajoso y sucio para que se abrigue, pero él no lo recoge, ni siquiera advierte este acto sencillo, lleno de generosidad. Sus ojos relumbran en las tinieblas como dos focos blancos, horriblemente blancos.

Al día siguiente se negó a probar toda clase de alimentos y dos días más tarde empezó a tener alucinaciones fantásticas. Una noche

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

alarmó a todo el presidio. Se agarró a las rejas como un loco y empezó a vociferar:

—¡Ladrones! ¡Mi vida! ¡Mi vida!

Se le aproximó una sombra gris y le preguntó:

—¿Qué es lo que querés, vos?

—¡Mi vida!

Por toda respuesta, la sombra gris le dió un culatazo en el vientre y le sentó definitivamente en la humedad del piso. No se movió más.

A la mañana siguiente, fría y lluviosa, lo encontraron rígido sobre el asfalto con los ojos abiertos y las manos en cruz como un mártir.

Había muerto.

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

TROZOS DE UN MANUSCRITO

¿Qué tiene más el que trabaja en lo que trabaja?

Lo he visto todo en los días de mi vanidad, y vi todavía más debajo del sol: en lugar del juicio, allí vi la impiedad; y en lugar de la justicia, allí vi la iniquidad.

Y yo dije en mi corazón: al justo y al injusto juzgará Dios...

(*Sagradas Escrituras*).

Hubo dos brutos fenomenales en mi familia: mi padre y mi cuñado. A pesar de ser ambos analfabetos, en una época no muy lejana, se disputaron a viva fuerza mi educación, Uno, después de haberme hecho la crisma aseguraba que me iba a deshacer la crisma, mientras el otro, más modesto, se proponía sencillamente *domarme*. Entre estos dos verdugos de mi cuerpo y de mi alma, como una protesta muda del sentimiento se interponía el llanto continuo de mi madre. Yo no me explicaré nunca cómo siendo ella tan buena y apacible pudo casar con mi padre, hombre impetuoso, contumaz, irreflexivo y fácilmente irritable que llegaba a cometer conmigo actos de una brutalidad verdaderamente primitiva y bárbara.

Una vez, no puedo precisar la fecha, en uno de sus frecuentes arrebatos matinales, me lanzó sobre la azotea de una cocina que tenía tres metros de altura; otra vez, me encerró en un horno estando el horno todavía caliente; otra vez, me percipitó por una escalera de piedra que tendría doce escalones, al campo... Todo esto lo hacía por mi bien...

—Lo hago por tu bien, — me aseguraba, aunque yo sentía lo contrario. — Cuando seas grande me lo agredecerás...

Mi cuñado, en cambio, mientras vivió mi padre, no se excedió mayormente: me pegaba nada más que puñetazos en la cabeza... Pero, una vez muerto el autor de mis días se posesionó del gobierno

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

de mi familia y amenazó con *domarme* en menos de lo que se doma un potrillo. La primera medida que tomó, fué, como buen analfabeto, sacarme de la escuela y ponerme a vender huevos.

—Te vas a ganar la vida — me increpaba. — ¡Atorrante!...

A dos de mis hermanas las puso en un taller de medias y a su señora le hacía trabajar de la mañana a la noche en una máquina de coser. El, por su parte, no hacía otra cosa que buscarle trabajo a los demás.

Debido a mi timidez congénita opuse una resistencia desesperada a sus propósitos comerciales. Tenía, entonces catorce años: recuerdo que me enredé expresamente en las polleras de mi madre y desde allí empecé a defenderme:

—Mi mama no quiere que vaya a vender güevos, — gemía — no, no; no quiere, no quiere...

El que no quería, se comprende, era yo; pero, el otro, me dió una paliza con un garrote, me puso luego una canasta en el brazo y me largó a la calle como una pelota de trapos viejos. Tenía que gritar así:

—¡Güevos, güevos!... ¡a rial la docena de güevos!...

Poco tiempo después, mi cuñado me castigaba con entera libertad, me sacudía con lo primero que le venía a mano, me pisoteaba... Cuando empleaba el garrote, yo sentía claramente que era un garrotazo lo que me descargaba encima; cuando empleaba el puño, la sensación era más violenta; yo sentía una masa pesada y sólida que caía desde gran altura sobre la base de mi cráneo; en seguida me venía un mareo, los objetos todos giraban alrededor mío, hasta que, por fin, me desplomaba sobre el pavimento, atolondrado... A veces, me incorporaba delirando y lo acometía con los ojos cerrados, ocasión que él aprovechaba para aplicarme otro golpe más vigoroso que me dejaba sin conocimiento. A fuerza de escoger la cabeza como punto de sus represiones, tuve un período en que me salía sangre de la nariz sin que ninguna causa aparente lo justificase. Mi madre me hacía cruces con una llave en el pescuezo para conjurar a las hemorragias. La pobre, lloraba siempre, no sabía más que llorar y asustarse: primero vivió bajo el terror de mi padre, después bajo el terror de mi cuñado.

Aquella mañana salí con mi canasto al brazo y lleno de turbación, zozobrando, atravesé la ciudad como una sombra, regresando con el

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

producto de una docena de huevos, venta fortuita que me hizo sufrir horriblemente merced a las circunstancias que la rodearon. Sucedió esto: iba yo por una calle desierta, cuando de prontó, una señora me llamó, me cogió el mentón amablemente y me hizo una serie de preguntas, las cuales, dada mi turbación, no pude entender.

—Vale un rial la docena — le dije como repitiendo una lección aprendida de memoria.

La señora, mientras escogía una docena, me preguntó:

—¿No me conocés más, Julio?...

La miré detenidamente y al reconocerla me puse rojo de vergüenza. Era esta señora, una antigua maestra de primer grado que me quería mucho y quien, años atrás, me había pronosticado que iba a ser poeta...

—Tú serás poeta — me decía entonces, tomándome entre sus brazos — yo lo he descubierto en tus ojos verdes y en tus cabellos ondulados... Todos los poetas tienen ojos verdes como los tuyos... Sí, sí, lo he descubierto, también, en tu imaginación luminosa y en tus gestos y tus ademanes...

Después de señalar todas mis condiciones, terminaba su vaticinio ordinariamente así:

—Cuando seas poeta, acuérdate que una pobre maestra de escuela, que te quiso mucho, te lo pronosticó... ¿Te acordarás de mí?

Yo le llevaba flores y esto la fortificaba más en su creencia absurda.

Ahora, frente a una realidad bien distinta, por cierto, la maestra fruncía el ceño y se retorcía los dedos bajo la mortificación de aquellos recuerdos.

—¿Cómo, cómo? — exclamaba visiblemente contrariada y sorprendida. — ¿Andás vendiendo huevos? ¿Cómo es eso?...

—Sí, mi cuñado me obliga, ¿sabe,... yo no quiero, mi mama tampoco, pero él me pega y me manda a la fuerza...

Hubo un silencio. Tuve un momento de lucidez mental y le dije:

—¿Se acuerda cuando usted me decía que yo iba a ser poeta?

—Me acuerdo, me acuerdo...

—¿Se acuerda? Bueno... pero...

—Parece que me equivoqué.

Esta confesión me produjo un dolor extraño, algo así como si en ese mismo momento me hubiese malogrado en una vocación que realmente no tenía, y, casi llorando, murmuré:

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

—Poeta... poeta... Mire en qué he venido a parar: ¡vendedor de güevos!...

Volví a casa con una opresión muy grande en el corazón. Para librarme de esta carga, por primera vez, pensé evadirme. Como estaba cerca del Brasil, mi plan consistía en atravesar las fronteras uruguayas. No obstante, ocurrió un hecho que postergó por mucho tiempo mi evasión.

Al otro día, mi cuñado, con idénticos procedimientos me plantó nuevamente en la calle. Hice la misma operación del día anterior, pero, esta vez, con menos fortuna: caminaba tan aturdido que al pasar por un puente me caí desde unos dos mestros sobre un montón de piedras.

Regresé a casa con una tortilla en el canasto.

Hasta que no fué bien entrada la noche no me atreví a presentarme. Así y todo, lo hice furtivamente. Mi cuñado, que a la sazón me acechaba impaciente y furioso, en cuanto traspuse el umbral de la puerta se me arrojó encima como una pantera. Yo creía que había llegado mi último día y empecé a pedir perdón en nombre de mi madre y del cielo. Esta vez, puedo afirmar, que recibí la paliza más trágica de mi vida, de la cual me queda en la espalda un recuerdo inolvidable. Del primer empellón fuí a dar contra una pared de ladrillos, desde donde, rebotando como una goma, caí otra vez entre sus manos.

Un puño de fierro me machacaba furiosamente la cabeza. Mi madre, aterrorizada, lloraba y se acurrucaba en un rincón de la pieza.

—¡Basta! — gritaba yo. — ¡Perdón! ¡Perdón!...

Aquel bruto fenomenal no escuchaba mis lamentaciones. Cuando se cansó de magullar mi carne, me agarró por las piernas y me arrojó al campo por la escalera de piedra; al caer dí con la espina dorsal en el sexto o séptimo escalón y me rompí tres vértebras. Inmediatamente sentí un dolor agudo como si me hubiese traspasado una sierra el tronco de lado a lado, y perdí el conocimiento.

... ...

Mis recuerdos comienzan tres o cuatro meses más tarde en un hospital de campaña donde desperté completamente enyesado, sumido en un aparato de alambre cuya configuración ortopédica era semejante a una trampa de cazar animales.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

Mi madre no salía lo que se dice un minuto de mi lado; la pobre lloraba y lloraba; pero, el miedo no le permitía pronunciar siquiera media palabra de reproche contra mi cuñado a quien no mencionaba aunque su mención fuese, a veces, indispensable.

—Vas a quedar jorobado — me anunciaba siempre llorando. — Me lo dijo el doctor que te asiste... Vas a quedar jorobado, hijo mío, pobre hijo mío...

Y hablando consigo misma añadía en voz baja:

—Es horrible, horrible, horrible...

Yo, para consolarla, le respondía:

—No es nada, no es nada...

—¿Cómo te ganarás la vida después, cuando yo me muera?

—¡Ah, después!... Después... me pondré a vender diarios...

—No, no... ¡Mi hijo vendiendo diarios!... ¡No, no, eso no!...

—Bueno, entonces me pondré en un circo de jorobado...

Mentalmente escuchaba una voz tétrica de payaso que gritaba: "¡Pasen a ver al monstruo! ¡Adelante, señores! ¡Se trata de un jorobado sensacional a quien le faltan tres vértebras!... ¡Pasen a ver al monstruo, señores"...

Ocho meses más tarde abandoné el hospital restablecido, y según la observación clínica "completamente curado"; pero con una curvatura espantosa en la columna vertebral que reducía mi estatura en diez o quince centímetros y me daba un aspecto monstruoso y despreciable. Caminaba como un pulpo terrestre, que tuviese en vez de piernas y brazos cuatro tentáculos revestidos de géneros gastados. Yo mismo me inspiraba una mezcla fuerte de compasión y repugnancia. Me pasaba la mano por la espalda y escupía en el suelo con desprecio como si le escupiese en la cara a mi desgracia.

Mi cuñado, aparentemente arrepentido, fué a buscarme en compañía de mi madre. Por el camino, marchaban juntos y silenciosos como dos cómplices sombríos de un mismo asesinato que fueran por los círculos del Purgatorio a comparecer ante un tribunal celeste. Se codeaban de una manera que me hizo sospechar en que mi cuñado compraba el silencio de mi madre con algún secreto terrible que él solamente conocía. Yo marchaba delante como una acusación de carne y hueso.

Antes de llegar a casa, mi cuñado se despojó de su papel de arrepentido y comenzó a reprocharme y darme consejos.

—Ahora, mucho juicio — me decía, sentencioso y agrio. — ¡Mu-

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

che juicio! ¿eh?... Si vos no hubieses sido tan contestador y tan atorrante, yo no te hubiera tirado por la escalera y no estarías jorobado... ¿No te da vergüenza caminar así?... ¡Ponete derecho, derecho, te digo!...

Yo, tenía la culpa de que él me hubiese roto las tres vértebras; mi culpabilidad, además, lo exasperaba:

—¡Vos tenés la culpa!... ¡Recontra! — gritaba aquel hombre funesto cuya voz terrible no podré olvidar nunca aunque viva cien años. — ¡Vos, nadie mas que vos, escuerzo!...

Yo, descompuesto por la indignación tenía ganas de echarme atrás y decirle con todas mis fuerzas:

—¡Dios te va a castigar!... ¡Dios te va a castigar!... ¡Canalla!... ¡Canalla!...

Pero el miedo me reducía a un silencio estúpido y absoluto: un odio sordo me envenenaba la sangre. Al llegar a casa corrí inmediatamente al espejo: la vista de mi joroba me horrorizó... Lloré toda la noche mi desgracia, mi tremenda desgracia. ¿Quién me enderezaría la espalda? ¿Quién? ¿Quién?...

Nadie... nadie... En lo sucesivo tendría que arrastrarme como un gusano y soportar las burlas de todos mis hermanos. Al pasar por aquí o por allí, escucharía la misma risa sardónica y burda: Je... je... je...

En ciertos momentos, creía que mi desesperación me conduciría a la locura. Estuve una semana arrinconado como un perro rabioso, hosco y taciturno, sin mirar a nadie, sin ver a nadie, hasta que una mañana, escapé para el Brasil.

En cuanto toqué tierra extraña respiré libremente; mi espíritu ascendía al cielo, mi cuerpo torturado, sonreía... Lloraba de inspiración y alegría, y dentro de lo que me permitía mi joraba, me enderezaba como un esclavo rebelde que a fuerza de mordiscones hubiese roto el fierro de sus cadenas. Yo, sentía que era yo...

El Brasil para mi era algo así como la Meca. Pronunciaba su nombre *lleno de unción religiosa*:

—Brasil... Brasil...

Había oido decir que allí no castigaban a los niños, que la gente era buena y humilde, que los negros eran más cristianos que los blancos, *en fin, que todos, en nombre de Dios, eran hermanos...*

Me pude escurrir en un furgón de la Trocha Angosta y en esta

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

forma logré viajar un día y una noche sin pagar pasaje. Por un agujero contemplaba el panorama que se retorcía como una culebra verde y negra.

El Brasil, es un país hermoso, inmenso y fecundo; de día, lleno de sol; de noche, lleno de estrellas; de Norte a Sur, sierras estupendas, morros brillantes y fantásticos vericuetos; aquí y allí ríos y arenales, pájaros y palmeras.

—Con tanto sol, — pensaba — con tantas estrellas y con tantos pájaros y palmeras, la gente, aquí, tiene que ser forzosamente buena, muy buena...

En seguida, repetía mi plegaria:

—Brasil... Brasil...

... ...

Bajé en "La Charqueada" donde empecé a trabajar como peón en la carbonería. Al poco tiempo de estar allí recibí una desilusión terrible. Había salido milagrosamente de un infierno para precipitarme en otro más espantoso.

Los trabajos de saladeros, son, en virtud de ciertos elementos que se manipulan como sales mercuriales y sales de plomo, terriblemente nocivos a la salud del hombre. No hay desollador que resista más de diez faenas, ni cargador que aguante más de veinte; en la curtiembre se repite el mismo fenómeno, lo mismo ocurre en los depósitos de carbón donde yo me hallaba confinado. Después de un período más o menos corto, todos los trabajadores van a parar con sus huesos rotos a un hospital o a un cementerio.

La primera impresión que recibí al llegar aquí fué una impresión olfativa: fuerte y desagradable. Las carnes descompuestas, los cueros podridos, el charque, la curtiembre, el sebo rancio y las distintas sales comerciales llenan la atmósfera de gases nauseabundos, empañan el cielo y envenenan el aire. La falta de higiene es absoluta. Se recibe la impresión de entrar en una cloaca grandísima y lóbrega donde van y vienen, vienen y van, arriba, abajo, cubos de detritus humanos.

La mayoría de los obreros son mulatos, de colores neutros tirando al negro o resueltamente negros. De cerca o de lejos prima el color negro: una tormenta de esclavos que trabaja de sol a sol por tres mil reis al día. A simple vista se nota que los obreros están

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

agotados por el exceso de trabajo, embrutecidos por el hambre, relajados y envilecidos por la suciedad. Unos andan descalzos, sin sombrero, sin ropa interior; otros, con un camisón de arpillera solamente; algunos, con un chiripá de cuero, y, muchos, vestidos con andrajos miserables y grasientos. *De mañana, así como se levantan* — sórdidos y lagañosos — se desayunan y marchan al trabajo.

Dos más me ayudan en mi tarea, que consiste en cargar zorras de *carbón mientras el capataz* vigila y apunta. Tres palas brillantes como espejos revuelven la carbonilla levantando un polvo finísimo y continuo que continuamente absorbemos por la nariz, por la boca y por las heridas de las manos. Cada vez que se llena una vagoneta se prenden dos negros, a quienes el capataz les grita como si fuesen bueyes:

—¡Puxa!... ¡Puxa!...

Sobre los flancos de "La Charqueada" se extiende una línea de ranchos lúgubres, especie de conventillo al aire libre, residencia obligatoria de los obreros. Todos por igual habitamos uno: con prole o sin prole más de uno no se puede *habitar*. Aunque hay mucho espacio, los ranchos guardan entre sí una distancia que no alcanza a cubrir dos metros de terreno. Tienen todos una puerta pequeña y una ventana que parece un agujero, por la cual se asoma cuando pasa gente una verdadera incubación de negritos, una monada sin rabo que chilla y ulula y muequea como una legión de diablos.

La mujer negra aquí no se casa a los ocho o diez años, pero a esa edad ya comparte lecho matrimonial con el hombre. He visto y esa edad ya comparte lecho matrimonial con el hombre. He visto esto y he visto más en el Brasil: cuando venía por "Passo Fundo" embarcó un soldado que traía como compañera *una niña* de nueve años... Además, en el mismo vagón de tercera, viajaban dos criaturas de diez años, una rubia como el sol, otra negra, tallada de los pies a la cabeza en ébano reluciente y ambas con tatuajes en los brazos, que vivían, según me lo hicieron presente, de la prostitución.

Oí decir que el tipo de negro que anda por aquí, es el mismo de Pernambuco y Mato Grosso, el mismo del Amazonas que va materialmente desnudo, el mismo esclavo africano que exportaba Pedro II: la bestia de trabajo, resignada, humilde, tranquila; el buey de los canallas blancos.

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

En "La Charquada" los blancos enriquecen con la sangre de los negros; en verdad os digo: el edificio está cimentado y se levanta sobre esqueletos humanos.

Los ranchos que habitamos tienen el piso de tierra y están todos llenos de pulgas, de chinches y de mosquitos. Al martirio diurno de las faenas hay que añadir el martirio nocturno de dormir en compañía de tantos parasitos. Cuando el calor recrudece, digo, los mosquitos se multiplican, abandonan los charcos presas de una irritación morbosa, cierran filas zumbando y por la noche, caen en bandadas como cuervos infinitesimales sobre nuestras calaveras dormidas... Algunos de mis compañeros amanecen con los ojos hinchados como si les hubiese atacado una lepra.

Las enfermedades abundan y no hay médico ni botica. Anda la sarna desde tiempo inmemorial en una proporción alarmante; este morbo, sube y baja, más nunca desaparece. Los atacados de sarna se curan bañándose con creolina en los mismos tanques en que se bañan las ovejas enfermas. Es muy raro encontrar un obrero que a falta de otra plaga no tenga encima, una enfermedad secreta. He visto a uno que tenía dos bubones, que, a fin de extirparlos se los quemaba con fósforos y se ponía luego una tela de araña con azúcar...

—Estoy en el infierno, — me decía — el infierno mismo... ¿Quién me salvará?... ¿Quién salvará a mis hermanos?...

Después recordando mis primeras impresiones, pronunciaba con horror aquel nombre que al principio me era sagrado:

—Brasil... Brasil...

Los niños en "La Charqueada" son raquíticos, feos, sucios, desnutridos; muchos, tienen cataratas en los ojos; otros asma, otros curan un empacho para empacharse inmediatamente otra vez. Bien es que las comidas habituales son pesadas e indigestas. La carne más ruin se pone a la venta en estado de descomposición, magra y verde; las pocas hortalizas que van a la olla están plagadas de bichos que las mujeres no se cuidan de limpiar y que los hombres hacen otro tanto cuando aparecen flotando en los platos de lata sobre la superficie de un caldo microbiano... Se cocina con grasa podrida *fello preto* salpimentado con tocino amarillo y gorgojos. El desayuno se compone de mate cocido y galleta dura como piedra. En cuanto se levantan los hombres encienden un cigarrillo de

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

naco fuerte y ordinario que no apagan hasta que se acuestan. Hay quien se duerme con el cachimbo en la boca para *matar o bicho*. Muchas mujeres fuman en pito y se emborrachan como los hombres. Además de embrutecidos por el trabajo, viven alcoholizados y adormecidos por la nicotina. El negro tiene para todos sus dolores físicos, un naco en el extremo izquierdo de la boca y en el extremo derecho una sonrisa piadosa de supliciado.

Es inconmovible en su puesto de tortura: soporta todo con el estoicismo de los primeros cristianos.

Isto nao tem importancia: — dice — sao cousas desta vida triste e latrinaria, cousas que encarrega Deus ao homme pro prouvar seu coracao... Nada mais, irmao, nada mais...

El trabajo, especialmente el mío, se realiza en pésimas condiciones. En algunas reparticiones la gente está hacinada, uno al lado del otro, uno encima del otro, fumando y escupiendo todos. Las pocas máquinas con que cuenta el saladero y sus dependencias producen un ruido ensordecedor cuando funcionan, merced a que su estado de conservación es deplorable. Casi todo se hace a sangre; es más económico: una máquina cuesta un platal, un hijo de Dios, en cambio, no cuesta nada....

Las zorras chirrían sobre los carriles como carretas sin grasa, pero no por eso se detienen desde que sale el sol, hasta que el sol se pone. Van y vienen, vienen y van, arrastradas por yuntas de negros, sudorosos, jadeantes, descamisados... Al margen de los rieles el capataz vigila y ordena. De cuando en cuando grita como un tropero:

—¡Puxa!... ¡Puxa, fillo da perra!...

A pesar de ser un infierno, los sábados, "La Charqueada" presenta una faz horriblemente risueña... El negro abre su boca descomunal, muestra su preciosa dentadura cariada y podrida y ríe... Ríe como un fantasma en las tinieblas, pulsa la guitarra y canta. Su canción es triste, quejumbrosa, doliente; su voz tiembla como una lágrima antes de caer al suelo. Contrae su cabeza de torturado y, a decir verdad, en vez de cantar, llora. Los coros que se forman parecen coros funerarios, algo así como una legión de deudos que llora y canta sobre un cadáver adornado de sierras estupendas y fantásticos vericuetos.

Todo esto acentúa el horror de mi primer plegaria:

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

—¡Brasil!... ¡Brasil!...

... ...

Indudablemente, había caído en un abismo obscuro, tan obscuro que mi joroba no se distinguía; pasaba como quien dice, inadvertida. A fuerza de tragar polvo de carbón mis esgarros llegaron a ser negros. Como no había baños ni arroyos próximos donde uno pudiese bañarse, me pasaba meses enteros sin ver el agua: mi cuerpo estaba revestido de una coraza de cisco. Empecé a decaer: una demacración intensa y profunda transfiguró mi rostro y una delgadez extrema puso más de relieve la deformación trágica de mi esqueleto. Nada me sentaba bien y todo lo que comía, al instante, lo devolvía. Mientras pude, gateando, arrastrándome, acudí a los galpones a cargar zorras, a revolver con mi pala las entrañas negras de la carbonilla, pero llegó un momento en que me abandonaron por completo las fuerzas y mis huesos doloridos cayeron definitivamente sobre el jergón de chala, único mueble de mi rancho. No sé cuánto tiempo permanecí así tirado, solo, mortificado por las chinches, que me hacían profundas incisiones en el pecho y disputado por una banda infernal de mosquitos que me silbaban una marcha fúnebre en los oídos.

Mis ideas eran, también, fúnebres: pensaba que estaba muerto y que aun muerto y todo los gusanos se ensañaban conmigo, me despedazaban en mi presencia, me comían con los ojos abiertos... La depresión orgánica me impedía espantarme los mosquitos y ellos, dándose cuenta de mi situación, enterraban el aguijón hasta la trompa y silbaban cínicamente, diabólicamente... Sólo me venían fuerzas para toser: mi tos era, al principio, seca y violenta; después se hizo incisiva y desgarrante. Mis esputos eran, como digo, negros, negros... Cada vez que escupía sentía un desgarramiento en los pulmones como si alguien anduviese por allí guadañando membranas.

Tuve una noche verdaderamente terrible. Por momentos despertaba azorado, creyendo sentir golpes en la puerta.

—Es la muerte — me decía muy bajo para que nadie me oyera.— Es la muerte que viene a buscarme...

Me dormía otra vez y otra vez volvía a despertarme el ruido de cinco huesos que golpeaban secamente en mi puerta.

—¿Quién es?... ¿Quién es? — inquiría espantado.

Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz intranda viewer

Me volví a dormir y me volví a despertar. Los golpes se repetían y los mosquitos imitaban cada vez mejor el silbido del diablo. No podía respirar acostado y me sentaba, me torcía a izquierda, a derecha, buscando una posición adecuada para no asfixiarme... Yo no veía el suelo, pero suponía que al margen de mi jergón debía haber un arroyo de sangre y expectoración carbonizada.

—Dios mío... ¡Madre mía!... — suspiraba en mi soledad y me quejaba en voz alta a fin de consolarme y morir tranquilo, porque Dios nuestro padre, nuestra buen padre, condena la rebeldía...

—Ay... Ay... Dios mío... Dios mío...

De pronto, se abrió la puerta y una mujer de luto, blanca, más blanca porque la luna le empapaba con su luz los cabellos, huesosa y cadavérica, un fantasma del otro mundo, me preguntó:

—¿Por qué estás llorando, hijo mío?

Era mi madre. La reconocí en el timbre de la voz, una voz resignada y acariciadora. No la veía bien, no la podía ver bien porque yo estaba en la obscuridad, inmóvil, en una postración absoluta y bajo una fiebre delirante, pero sabía que era ella, *sentía* que era ella...

—Mama — supliqué en mi delirio.

—¿Qué querés, hijo mío?

—Mama... espantame los mosquitos...

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

INDICE

Tinieblas ..... Pág. 3

De Profundis ..... » 23

Desamparados ..... » 55

Trozos de un manuscrito ..... » 84

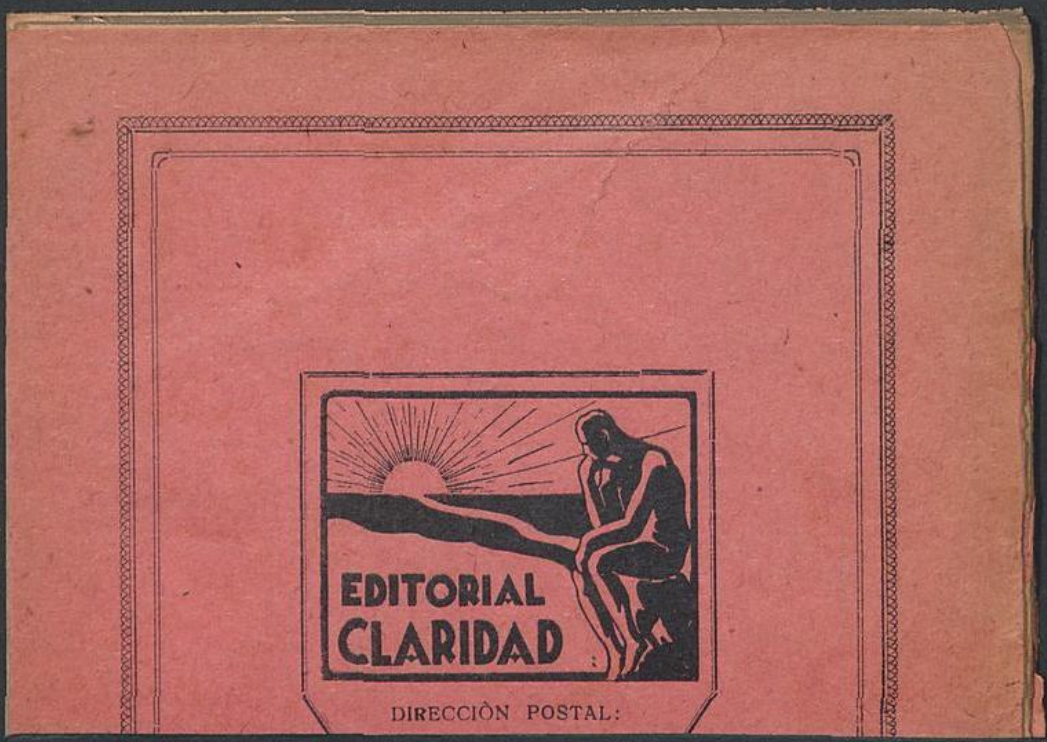
Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer

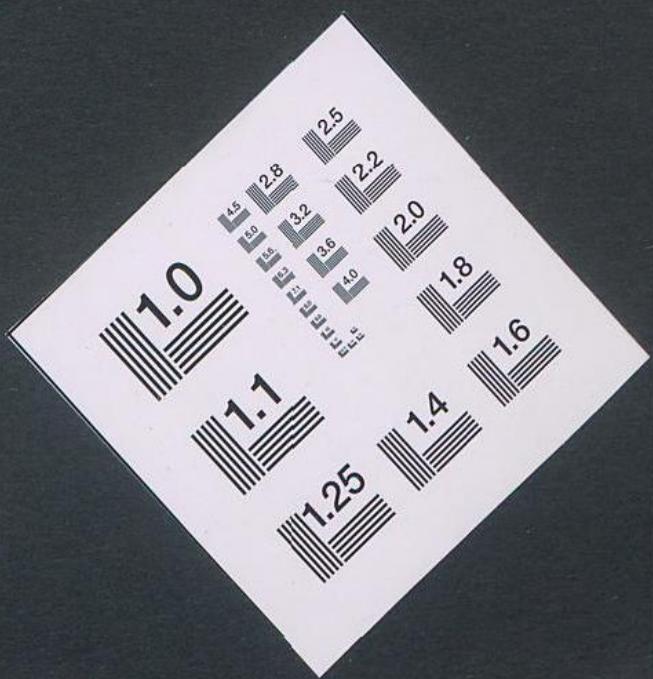
DIRECCIÒN POSTAL:
CASILLA DE CORREO 736
BUENOS
AIRES
1924

50 centavos

Impreso en los Talleres Gráficos de M. Lorenzo Rañó,
Boedo 857, Bs. Aires, para la EDITORIAL CLARIDAD

Ibero-Amerikanisches
Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer





Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
intranda viewer